

EL SIGLO MÉDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MÉDICA.)

PERIODICO DE MEDICINA, CIRUGIA Y FARMACIA.

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

PUBLICACION.

Se publica todos los domingos: formará un tomo cada año.
Los suscritores pueden adquirir con un 10 por 100 de rebaja las obras publicadas en la Biblioteca de medicina y en el Museo científico.

SUSCRICION.

En Madrid 12 reales el trimestre, en la Redaccion, calle del Espejo, 47, pral.—En Provincias 15 reales el trimestre en casa de los comisionados, mediante libranzas.—En el Estranjero y Ultramar 20 reales por un año, y 100 en Filipinas.

RESUMEN.

SECCION DOCTRINAL. FILOSOFIA MÉDICA. Cartas que sobre el *Ensayo de medicina general* dirige á su autor D. Antonio de Poblacion y Fernandez.—CRÍTICA DEL VALOR DEL ANÁLISIS QUÍMICO EN HIDROLOGÍA MÉDICA. Memoria remitida á la Real Academia de medicina de Madrid; por el Dr. D. Rafael Cerdó y Oliver.—SECCION PRACTICA. Más sobre una epidemia de coqueluche complicada con fiebre tifoidea observada en Bujalance.—SOCIEDADES CIENTÍFICAS. LAS CAUSAS PRÓXIMAS DE LAS ENFERMEDADES: discurso leído ante la Real Academia de medicina de Madrid en la recepcion pública del licenciado D. Joaquín Quintana.—ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICO-MÉDICOS.—PRENSA MÉDICA. ESTRANJERA. Esperimientos sobre la causa del color rojo en la inflamacion.—Nuevo medio de elejir los cristales prismáticos para el estrabismo.—De algunos ruidos del corazon aun no esplicados.—Gelatina de aceite de bacalao.—Una palabra sobre la hidroterapia.—PARTE OFICIAL. Ministerio de Marina.—SANTIDAD MILITAR. Reales órdenes.—Cuerpo de Sanidad de la Armada.—CONGRESO MÉDICO ESPAÑOL. Secretaría.—VARIÉDADES. Parte mensual de los profesores de medicina del Hospital general de esta corte.—CRONICA.—VACANTES.—ANUNCIO.—FOLLETIN.

SECCION DOCTRINAL.

FILOSOFIA MÉDICA.

Cartas que sobre el ENSAYO DE MEDICINA GENERAL dirige á su autor D. Antonio Poblacion y Fernandez.

CARTA TERCERA.

SR. D. MATÍAS NIETO SERRANO.

Mi querido é ilustrado amigo: He leído con suma satisfaccion su atentísima carta, contestacion á mi primera, ya inserta en el núm. 553 de EL SIGLO; y visto, que con la benevolencia que le distingue, acepta los estudios que me propongo publicar acerca de su *Ensayo de medicina general*: lo agradezco infinito, y esto me anima notablemente, por más que á cada momento me encuentre con dificultades evidentes que vencer. Doy á Vd. las gracias por la elevada idea que de mí tiene formada, tanto más, cuanto que acostumbro á juzgarme con suma severidad. Despues de estas ligeras palabras, que son la espresion de mi deferencia hacia Vd., ilustrado amigo, continuaré mi tarea, suspendida en la carta segunda; pero antes haré una salvedad, acerca de la observacion que tuve el gusto de presentar á Vd. sobre el destronamiento de los sistemas médicos. Al atribuir á Vd. la pretension de destronar los sistemas médicos por completo, lo realicé fundado en el siguiente párrafo de la página tercera de la *Advertencia al lector*: «Doy, á mi parecer, dice Vd., razones sólidas para destronar el organicismo, el vitalismo bajo todos sus aspectos, incluso el más adelantado que se conoce con el nombre de orgánico, el eclecticismo, el escepticismo, con todos los demás imaginados...» Segun lo que Vd. manifiesta, la significacion de este párrafo, no es la misma que yo creo; y por consiguiente, suplico á Vd. me dispense esta ligereza, en que incurriré, sin pretenderlo, algunas veces. Pero aun caando Vd. tuviera semejante aspiracion,

Tomo XI.

¿sería poco digna? Yo creo que nó: las inteligencias superiores, que como la de Vd., desean con nobleza separar los obstáculos que se oponen al verdadero progreso científico, caen á veces, sin querer, en el esclusivismo;... y sin embargo, no por eso sus obras ni sus concepciones dejan de ocupar un sitio distinguido en los anales de la ciencia; ni la humanidad agradece menos el firme propósito que vé en los que se sacrifican en su beneficio...

En mi carta anterior reconocí la conveniencia, utilidad y posibilidad de la *filosofia médica*; reconocí la necesidad, rechazando la idea de la ciencia sin la filosofia; manifesté mis dudas acerca del modo de apreciar todas las modificaciones posibles como en la vida y la inteligencia; espresé la precision de saber, si es dable, lo que es la vida, conviniendo con Vd. en el mayor número de apreciaciones presentadas en la introduccion. Más adelante, cuando tenga el gusto de ocuparme de la vida y propiedades vitales, procuraré exponer con franqueza lo que comprendo acerca de punto de tanta trascendencia.

En la primera parte del *Ensayo de medicina general*, trata Vd. de las aplicaciones en el mismo sentido, de la filosofia á la medicina; y lo verifica Vd. con tal interés y profundidad de miras, que me creo necesitado de gran indulgencia para ocuparme de semejante asunto. El capítulo primero y consideraciones generales, trata de la definicion, objeto, límites de la filosofia médica y sus resultados; de las fórmulas filosóficas, sistemas esclusivos, análisis, síntesis, generalidades y principios; variabilidad de estos y su constancia relativa en algunos casos; del sugeto y de los hechos, de la posibilidad del error, del progreso médico, de los resultados de la consideracion sintética, sus ventajas positivas y negativas; y como una consecuencia racional y acaso necesaria, rechaza Vd. los sistemas esclusivos y admite el *inclusivo*: luego se ocupa Vd. de los fenómenos, leyes, funciones, esencia y naturaleza; de la ontologia y sistemas ontológicos, que rechaza Vd. resuelta y enérgicamente; de la verdad médica que admite Vd. y defiende con razones sólidas; de la esperiencia, límites y division de la medicina como ciencia experimental; de la induccion médica y del método.—Hecho esté extracto comprensivo del capítulo primero, voy á examinar con algun detenimiento cuanto á él se refiere.

Convengo con Vd., en que la filosofia médica no es otra cosa sino el estudio de la medicina, considerada en conjunto y en sus relaciones con la filosofia propiamente dicha, pero sin que esta estienda su accion á las verdades fundamentales de la medicina; que las fórmulas filosóficas consisten en nociones generales que pueden aplicarse á muchos casos, sin que este modo de aplicacion parcial sirva para establecer fórmulas generales absolutas; y fundado en estas razones, manifiesta Vd., que la base de los sistemas esclusivos, ha sido el querer sujetar la ciencia á principios invariables, estrictos, que son imposibles y lo serán siempre,

si han de ser fundados en la verdad. ¿Y quién puede dudar ya esto? ¿No admitimos todos los médicos, que *no hay nada igual, exactamente igual en el hombre, ni constante, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad?* ¿Quién es el que al observar el padecimiento más sencillo y después de haber reunido gran número de hechos, puede *asegurar* otra cosa, y no hará poco, que el *decir* que son semejantes? ¿Quién duda que el hombre en sus condiciones normales y patológicas, así como todo cuanto es capaz de influir sobre él, es modificable, en períodos, que unas veces se conocen y pueden determinarse, y otras se ignoran hasta el momento mismo de dejarse *conocer*?—Acerca de este punto importantísimo de la *reforma* que Vd. propone, estoy seguro que no hallará Vd. impugnadores, siempre que se hagan sus aplicaciones dentro de los límites regulares.

Que el análisis y la síntesis son los principios fijos que la filosofía presenta a la medicina, como ciencia experimental, para su desenvolvimiento, es tan exacto, que yo no veo posible otro modo de llegar a la verdad, ni por consiguiente, de consignar las leyes médicas con la pureza necesaria: descomponer, distinguir y comparar; reunir y juzgar después el conjunto, son operaciones indispensables en el estudio médico, que practicadas con asiduidad y esmero, conducen infaliblemente al descubrimiento de los objetos que se trata de investigar. ¿Cómo no estar conforme, amigo mío, con estas aplicaciones de la filosofía a la medicina? ¿Quién será tan ciego que las desconozca? Al médico, en mi juicio, no le es dado sentar principios *a priori*; porque teniendo su base fundamental la ciencia en los experimentos, la experimentación y la experiencia, a nada bueno conducirán las determinaciones que se aparten de este camino, que alumbrado con la antorcha de los métodos analítico y sintético, procedentes de la más sana filosofía, conduce al conocimiento de la verdad, ... ó a la duda, que es siempre preferible al error; ... porque la duda en la práctica médica puede hacer *dejar morir los enfermos*, mientras que el *error los mata*.

Concluyo esta carta, repitiendo a Vd. las protestas de mi estimación y amistad; rogándole nuevamente, que al leerla, emplee con su amigo de la indulgencia que usan los hombres de talento, con aquellos que procuran desflorar el camino que conduce al templo del saber humano.—
B. S. M. S. S. S.

ANTONIO DE POBLACION Y FERNANDEZ.

Valladolid 42 de agosto de 1864.

FOLLETIN.

SOBRE LOS RECONOCIMIENTOS DE INÚTILES

PARA EL SERVICIO DE LAS ARMAS.

Nuestro apreciable colaborador de Montilla D. José María Aguayo, nos dirige una larga carta, de la cual tomamos los siguientes párrafos:

Sres. Directores de EL SIGLO MÉDICO.

Muy estimados amigos míos y apreciables colaboradores: El disgusto con que de mucho tiempo acá miro cuanto a nuestra noble profesión atañe, por los horribles desengaños por que me ha hecho pasar, me tiene alejado de ella y en descubierta con Vds., a quienes les ofrecí contribuir con mi insignificante óbolo a la obra que con tanto entusiasmo emprendieron desde que tomaron a su cargo la publicación del *Boletín de medicina, cirugía y farmacia*, para proseguirla después con nuevo ardor y gloria de la ciencia en EL SIGLO MÉDICO, cuyas columnas, así como las de aquel periódico, tuvieron Vds. la bondad de poner a mi disposición. Razon sobrada había para esperar, al cabo del largo silencio que con Vds. he guardado, que lo rompiese con una comunicación, si no digna de figurar al lado de las brillantísimas que hoy ocupan las páginas de su afortunado periódico, al menos de la clase de aquellas que en las mismas se suelen consignar para enriquecer la práctica del arte, ya que a todos no les sea permitido abordar

CRÍTICA DEL VALOR DEL ANÁLISIS QUÍMICA EN HIDROLOGIA MÉDICA.

Memoria remitida a la Real Academia de medicina de Madrid; por el Dr. D. RAFAEL CERDÓ Y OLIVER, médico-director en propiedad del establecimiento y baños minerales de Frailes y la Ribera (1).

Véanse, pues, las diferentes trasformaciones por que pasa la materia para llegar a ser ponderable.

En cada una de ellas, por diversas que sean las sustancias, la materia es siempre la misma, su naturaleza siempre idéntica, siempre compuesta de átomos copulados.

Inútil es, por consiguiente, que nos pregunteis de qué naturaleza es el átomo vítreo y resinoso cuya reunión compone el copulado. Nosotros os contestaremos únicamente que son de distinta naturaleza, y que lo sabemos porque hemos observado que sus atributos son diferentes. Nada nos pregunteis sobre su naturaleza ó esencia, porque confesamos ingenuamente que ignoramos lo que son en sí. Lo que si creemos es, que es la materia primitiva que crió Dios y subordinó a leyes inmutables para realizar el plan de la creación que tenía preconcebido. No nos pregunteis más, porque nada más sabemos.

Mas si estimais aún que no son suficientes los hechos y razones que acabamos de aducir para dejar sólidamente establecido el dogma de la materia única, fijad por un momento vuestra atención sobre las diferentes trasformaciones que diariamente se verifican.

En varias localidades se encuentran conchas fósiles, originariamente compuestas de carbonato de cal, y que se han trasformado en sílice las unas, en galena las otras, en cuarzo estas, en barita sulfatada aquellas. ¿Explicareis este hecho por medio de la teoría del isomorfismo? Pero yo os preguntaré: ¿qué se ha hecho de la cal cuando ha desaparecido hasta el punto de no dejar vestigio? Admitid nuestra doctrina y el hecho queda completamente explicado.

El ácido carbónico, separado de la cal por una acción cualquiera, habiéndose escapado, cediendo a la movilidad que le dá su constitución gaseosa, ha arrastrado consigo algunas cópulas de calcium, ó en su combinación ha sido reemplazado por algunas otras tomadas de los cuerpos vecinos, y

(1) Véanse los números 554 y 556.

alguna de las grandes cuestiones que quedan aún por resolver en el dilatado campo de la ciencia. Empero, escrito sin duda está en mi destino que yo, como suele decirse (disensen Vds. la vulgaridad de la frase), no he de salir de capa de raja, y que he de apurar hasta las heces las amarguras de una carrera que emprendí con decisión y con fé, para buscar por su medio una vida laboriosa y llena de sinsabores y trabajos, sin la recompensa siquiera del agradecimiento por los servicios que en ella he prestado; si bien que este achaque es de todos los tiempos, porque sabido de todos es que, a semejanza del mundo físico, está modelado el mundo moral; así que, en el tempestuoso mar de la vida, el viento del olvido suele con frecuencia borrar la memoria de los beneficios que se han hecho, pues el alma es movable como el Océano, y si hoy refleja los recuerdos de ayer, mañana es un abismo donde se hunde lo pasado. Y como si el haber renunciado a dicha carrera y encerrádome en mi casa, no bastara a ponerme a cubierto de sus inconvenientes, se viene ahora incomodándome, tomándome cuenta de actos atrasados, de que apenas hago memoria, y por los que se me quiere hacer cargos, por supuesto infundados, como van Vds. a ver por el relato siguiente:

Hallándome en el año de 1860 desempeñando en el hospital militar de Cádiz una de las plazas de médico provisional, en cuya clase fui destinado al ejército expedicionario de Africa, se ofreció en 20 de abril de dicho año practicar un segundo reconocimiento de 16 ó 18 individuos de tropa, en el que figuraba a la cabeza el cabo segundo de ingenieros Antonio Gutierrez Allende, al que se le declaró inútil por haberse encontrado pérdida de las dos primeras falanges del dedo medio

el calcio se ha transformado en sílice, barita, plomo ó hierro.

La esplicacion no puede ser más sencilla; todo consiste en sustraer ó añadir algunas cópulas á la molécula constituyente de un cuerpo simple, para que se transforme en la molécula constituyente de otro, puesto que la diferencia que hay entre ambas únicamente consiste en el número y orden con que se han reunido los átomos copulados; pues ya hemos probado que la materia ponderable, compuesta de cópulas siempre idénticas, como reunion de átomos libres vítreos y resinosos, no menos idénticos y asociados por la condensacion de la materia difusa, se manifiesta bajo formas variables, segun el número y orden con que se agrupan dichas cópulas para formar, segun las circunstancias, esta ó la otra molécula constituyente; de modo que si llegásemos un día, por medio de los progresos de la química, á conocer el número y orden de agrupacion de las cópulas de cada una de las diferentes moléculas constituyentes y las circunstancias de que se vale la naturaleza para determinar dicho número y orden de reunion, lo mismo que de las de que se vale para variarlas, podríamos tambien nosotros transformarlas á voluntad, convirtiendo el hierro en oro, ó la cal en sílice, como ya hemos visto lo hace la naturaleza, con solo añadir ó quitar algunas cópulas al cuerpo que quisiésemos transformar.

No estaban, nó, tan faltos de razon como se ha dicho y diariamente se repite, ni menos eran ridículos y pobres visionarios los Raimundo Lulio, los Paracelso, los Vanhelmoncio y demás adeptos de su escuela, si, al cultivar la alquimia, dirigian principalmente sus investigaciones al descubrimiento de la piedra filosofal, á aislar y obtener la materia única, la quinta esencia, el architipo de todas las sustancias, la materia copulada por medio de la cual se proponian transformar los metales.

¿Conseguirá la química, por medio de sus adelantos, de la mayor perfeccion en los procedimientos analíticos, proporcionarnos esos conocimientos? Hé aqui un problema que solo el tiempo puede resolver. Mientras tanto, y en vista de los hechos y razones que dejamos expuestos, no por eso queda menos sólidamente establecida la doctrina que proclamamos sobre la naturaleza de una sola y única materia.

No creais, empero, que esta brillante y trascendental concepcion, aunque más desenvuelta y desarrollada, gracias al

de la mano derecha y anquilosis de los demás. En este estado se le propuso por el capitán general de Andalucía para la licencia absoluta y la pension ó premio de 90 rs. mensuales á que se le consideró acreedor, mandándole á esperar las resultas á su casa en la provincia de Santander. Transcurrido cierto tiempo, se dispuso por dicha superior autoridad militar, practicar un tercer reconocimiento en la persona del Gutierrez Allende, cuyo acto se verificó en la capital de Santander el 16 de febrero del siguiente año por los segundos ayudantes D. Agustin Casado y D. Adolfo Corpas, resultando de él declararlo útil para continuar en el servicio, por no haberle encontrado otro defecto que la pérdida de las dos falanges referidas. En vista de este nuevo parecer facultativo, la capitania general dicha preguntó á la Direccion general de Sanidad militar, si constituia ó nó inutilidad la falta de las dos mencionadas falanges, y como su contestacion, como no podia menos de ser, fuese negativa, acudió con estos antecedentes al Ministerio de la Guerra, para que suspendiese el envío de la licencia absoluta y el otorgamiento de la pension que habia pedido para el referido cabo Gutierrez Allende. El Ministerio dicho tuvo á bien oír sobre el particular al Supremo Tribunal de Guerra y Marina, y conforme S. M. con el parecer de este, además de retirar la propuesta para la licencia absoluta y la pension, hecha en favor del Gutierrez Allende, dispuso por Real orden de 18 de julio de 1861, instruir por el Juzgado de guerra, sumaria contra los que aparecieran culpables en este hecho. Al efecto, en la parte de él que á mí me corresponde como uno de los firmantes de la relacion de los 16 ó 18 individuos reconocidos, se me ha recibido por esta comandancia de armas declaracion el 17 de mayo anteproxí-

calor que le han proporcionado los progresos de la química moderna, haya nacido en nuestros tiempos: ella, aunque en miniatura, ya se descubre, como el embrion entre las membranas que lo envuelven, en el seno de la primera escuela filosófica de la antigua Grecia.

Allí, entre el polvo y los escombros de la escuela jónica, es donde se agita y mueve; allí es donde su fundador hace notar su primer vagido, enseñando que el agua es simple y elemental y la única materia de que todo está formado. Anaximeno su discípulo cree que es el aire. Heráclito que es el fuego, y Leucipo y Demócrito sostienen que todos los cuerpos de la naturaleza son producidos por átomos que se han combinado de un modo diferente.

Ahora bien: en todos estos antiquísimos filósofos no se nota más que una misma idea para explicar los diferentes fenómenos de la naturaleza: la de una sola y única materia. Poco importa que discrepen en el nombre que le dan, porque en el fondo la idea que les guia es siempre la misma.

Empero si de esta escuela entramos en la de Crotona, todavía la vereis más desenvuelta.

El filósofo de Samos establece como dogma la existencia de una materia homogénea y amorfa, susceptible de tomar cuatro modificaciones elementales y primitivas, que denomina fuego, aire, tierra y agua, y que son los elementos que constituyen todas las sustancias materiales.

Pero donde esta idea toma aún mayores proporciones, mayores desarrollos; donde se pone más en relieve, es en manos del filósofo de Agrigento. Empedocles admite, como su maestro, una materia que no afecta ninguna forma precisa y que llama amorfa, la que ha recibido cuatro modos fundamentales ó elementales de existencia, que combinándose de un modo diferente, dan lugar á la produccion de todos los cuerpos de la naturaleza. De modo que, segun la doctrina de este filósofo, no hay una sustancia material que no contenga los cuatro elementos en proporciones variables; estableciendo, al mismo tiempo, que el elemento que entra en la composicion de un cuerpo en mayor proporcion determina su forma permanente, explicando por este medio la variedad de los cuerpos, conservando al mismo tiempo incólume el dogma pitagórico de la unidad y homogeneidad de la materia.

Ya veis, pues, como hubiérais estado en un grave error, si

mo, y otro tanto parece que ya se ha hecho con el médico mayor graduado, que conmigo la suscribió, y con los ayudantes D. Juan Nepomuceno Mongue y D. Jerónimo Ceballos, que practicaron el primer reconocimiento.

Por el antecedente relato habrán Vds. venido en conocimiento de lo improcedente de estas actuaciones, que no dudo se habrian escusado, si en la consulta que la capitania general de Andalucía hizo á la Direccion general de Sanidad militar sobre la causa de inutilidad del Antonio Gutierrez Allende, se hubiera hecho mencion, además de la falta ó pérdida de las dos referidas falanges, de la anquilosis de los otros dedos de la misma mano. Entonces la espresada Direccion, teniendo á la vista el cuadro de los defectos físicos y enfermedades que inutilizan para el servicio militar, conforme al núm. 108, orden 9.º, de la primera clase, y al número 111, orden 9.º, de la segunda de dicho cuadro, habria dado un informe muy diferente del que dió, y no se hubieran formado castillos en el aire para perseguir un fantasma, que así y no otra cosa es lo que en virtud de la espresada Real orden se persigue, pues literalmente copiado el primero de los dos citados números dice: «falta ó pérdida total ó parcial considerable de una de las extremidades ó de su uso;» y el segundo, «anquilosis ó sea falta ó pérdida total ó parcial considerable del movimiento de las articulaciones de alguna importancia, permanente.» De suerte que, en todo caso, lo único que habria que averiguar sería si la anquilosis, de haberla habido, pudo ó nó desaparecer, aun en el supuesto de que fuese reputada como permanente, cuya circunstancia exige el reglamento para que constituya causa de inutilidad; y á mí no me queda duda de que con este carácter se le considera-

hubiéseis tomado por nueva y flamante esa concepcion que, aunque en estado de simple gérmen, era mi deber mostráros su antiguo y oscuro origen, el terreno donde por primera vez apareció.

Si al través de los siglos, si á medida que la ciencia se ha enriquecido con nuevos conocimientos, hoy la contemplais como á esos corpulentos árboles seculares cubiertos de verde follaje y aromática flor, no os olvideis que, como ellos, fué tambien al principio una pequeña semilla, que necesitó del tiempo para desarrollarse.

He concluido el estudio que al principio me propuse sobre el objeto de la química. En su exámen creo haber demostrado, por medio de muchos hechos y razones, que todavia no lo ha conseguido por completo; que no ha alcanzado á conocer la naturaleza ó composicion de todos los cuerpos del universo.

En vista, pues, de esto y de lo infundado de sus altas pretensiones, veamos si por medio del análisis nos puede dar á conocer la composicion de las diferentes sustancias que mineralizan las aguas, para que por medio de este exámen quede plenamente demostrado, como en un principio os dijimos, el limitado valor que en hidrologia médica se le debe conceder.

Al observar las sorprendentes y maravillosas curaciones que, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, se han obtenido con el metódico uso del agua mineral, muy natural á la vez que muy lógico nos parece que la hidrologia médica preguntára á la química qué sustancias contenia dicha agua en disolucion, para saber á qué debia atribuir este resultado.

La investigacion de estas sustancias fué, pues, á no dudarlo, uno de los primeros y más importantes problemas que debieron ofrecerse y que era preciso y necesario resolver, si se la habia de impulsar por la via de los verdaderos adelantos. Para ello nada más natural que dirigirse á la química.

Esta ciencia, con los diferentes procedimientos analíticos que hoy posee, era la única que podia sacarla de ese apuro. ¿Lo ha conseguido? ¿Ha contestado de un modo cumplido como en un principio se esperó?

Cuando se nos repite diariamente, y con razon, que por la sola esposicion al aire, que por el movimiento, por un aumento ó disminucion de presion atmosférica, por mezclar con el agua mineral cualquier liquido por pequeña é insignificante

ria al tiempo del reconocimiento, á menos que por permanente se entienda al pié de la letra lo estable, inmutable y constante, cuyo sentido no cabe de modo alguno dentro del racional de la ciencia, porque, ó yo no lo entiendo bien, ó por permanente, segun esta, debe entenderse lo que es de larga duracion, y de manera alguna lo eterno ó infinito, pues en la organizacion ni aun en la naturaleza entera hay nada que lo sea, estando todo lo en ella contenido en un movimiento continuo. Pudo ser muy bien que en el acto del primero y segundo reconocimiento apareciese la anquilosis, y que despues, al cabo de los diez meses que mediaron entre el segundo y el tercero, desapareciera, bien por los solos esfuerzos de la naturaleza ó por los auxilios que le prestara el arte. De cualquier modo que fuese, en último resultado, el hecho quedaria reducido á una simple cuestion de apreciacion, es decir, á que los facultativos que reconocieron tomaron por permanente lo que era accidental; y como hasta ahora no hay regla establecida para distinguir el limite que separa lo uno de lo otro, ni aun se puede reconvenirles por su ignorancia, cuanto menos exigirles la responsabilidad criminal.

Si con tan poco fundamento se procesara á los facultativos por los reconocimientos, no habria ninguno que los practicara. Enhorabuena que se castigue á los ignorantes en los casos que no ofrezcan duda, y sobre todo á los que, á sabiendas, faltan al cumplimiento de su obligacion, mayormente si se sospecha en ellos alguna connivencia ó fraude; pero en el presente, en que no ha habido lo uno ni ha sido posible lo otro, se resiste al buen sentido, á la humanidad y á la razon un procedimiento semejante. Los facultativos que reconocieron al cabo Gutierrez Allende declararon sobre su inutilidad

que sea su cantidad; que por aumentarse ó disminuirse su natural temperatura, se verifican reacciones entre las diferentes sustancias que tiene en disolucion, en términos que el agua mineral se descompone, deja de ser lo que antes era, confesamos ingenuamente que no comprendemos cómo se puede llegar á conocer el modo como están en ella combinadas las diferentes sustancias que tiene en disolucion. Reflexionad un poco sobre esto, y estoy seguro que os sucederá lo mismo que á mí.

Empléese el reactivo que se quiera; échese mano del procedimiento analítico más seguro, más perfecto y acabado; siempre resulta que se tendrá que obrar sobre el agua, sobre las moléculas integrantes de las diferentes sustancias que tiene en disolucion, y al hacerlo precisamente las descomponéis, determinando nuevas combinaciones que antes no existian.

Es, pues, de todo punto imposible la resolucion del problema que os proponeis: para ello seria necesario que no tocáseis al agua; que no pusiéseis en conflicto con las sustancias que tiene en disolucion otras sustancias; es decir, que no las descompusiéseis para saber cómo se hallan naturalmente combinadas; en una palabra, hubiéseis descubierto ciertos medios que os dieran este conocimiento, sin necesidad de obrar sobre ella: de lo contrario, nada de esto podreis saber; el problema quedará como antes, en pié, sin resolver; y sucederá que tendreis la ridicula pretension de conocer, por medio de la destruccion de una cosa de que no teniais antes idea, la cosa destruida.

No es, pues, posible que el análisis química nos dé á conocer las diversas combinaciones de las sustancias que se hallan en el agua: las que hoy nos presenta como tales, preciso es confesar que no lo son, y si el producto de los diferentes medios dé que se vale en la operacion.

Para que os acabeis de convencer, disolvedlas en una cantidad de agua igual á la de que se estrajeron, y vereis como es imposible reproducirla, como es diferente, como ya no produce los mismos resultados terapéuticos: y esto es muy lógico que suceda; porque siendo distinto el agregado del que antes se destruyó, debe tambien serlo la accion que ejerce sobre el organismo. Ahora comprendereis las grandes dificultades que hay que vencer para imitar las aguas minerales naturales.

segun su leal saber y entender, conforme al Reglamento vigente y á lo que se les alcanzaba respecto de la doctrina que profesan en la ciencia. Si se equivocaron en su juicio pronóstico, achaque es este muy frecuente en la practica de la medicina: es todo lo más que se les puede echar en cara; pero tienen la seguridad de que no cometieron ningun disparate y de que no se confabularon para ejecutar ningun fraude. Ni hay ni puede haber quien tal sospecha conciba, sabiendo la tramitacion que hoy siguen los expedientes de reconocimientos en el ejército, pues no se comprende cómo puedan ponerse de acuerdo para tantos actos como aquellos exigen, tantas y tan diversas personas como en ellos intervienen, y en tan distintos puntos, con el objeto de hacer un enjuague ó cometer una picardia, ni cómo se habian de dejar engañar por una simulacion más ó menos bien finjada. Es más, si en el hecho en cuestion hubo tal engaño, es decir, que el cabo Gutierrez Allende tuvo habilidad para finjar la anquilosis en el primero y segundo reconocimiento, no es fácil saber qué pudo inducirlo á variar de modo de pensar en el tercero, cuando tenia ya asegurado su partido. ¿Seria tal vez porque los facultativos que últimamente lo reconocieron tuvieron más habilidad que los primeros para averiguar la verdad del hecho? Bien pudo ser, pero yo no lo creo. Aunque cada uno de los dos primeros reconocimientos aparece suscrito por solo dos profesores, se hicieron, no obstante, por todo el personal facultativo del hospital militar de Cádiz, que entonces era muy numeroso con motivo de la guerra de Africa, y no era fácil que á todos engañara el Gutierrez Allende; motivo más para creer que cuando por personas tan peritas y entendidas como allí habia se le declaró inútil, seria porque efec-

Si la química, como acabamos de probar, no puede, por medio del análisis, determinar las diferentes combinaciones de las sustancias que se hallan en un agua, que es en lo que consiste verdaderamente la solución del problema, ya no sucede otro tanto, cuando trata de determinar dichas sustancias. Por consiguiente, lo único que puede hacer es sacar de un agua mineral sus elementos constitutivos disgregados; pero de ningún modo determinar, como hemos visto, las diferentes combinaciones que dichos elementos entre sí formaban.

Cuando por medio del análisis hayamos sacado de un agua mineral gas sulfídrico, ácido carbónico, sulfúrico, silícico, cloro, magnesia, cal y sosa, ¿sabremos, por ventura, cómo se hallaban en ella combinados, cuáles eran los productos que formaban? Y si no lo sabemos, ¿cómo hemos lógicamente de atribuir los efectos terapéuticos que estos producen, á aquellos ni juntos ni separados, aunque sean sus elementos?

Si al combinarse un ácido con un óxido para formar una sal, adquiere ésta propiedades físicas, químicas y terapéuticas diferentes de las que tenían sus componentes, ¿cómo hemos de atribuir á ninguno de éstos los efectos que aquella produce?

Cuando un agua mineral, pues, obre sobre este ó el otro órgano, cure esta ó aquella enfermedad, no atribuiremos este efecto, si queremos ser lógicos, á los elementos constitutivos ni juntos ni separados, que el análisis nos manifiesta, sino á las diversas combinaciones que no puede determinar, y cuyo conjunto forma una individualidad cuya acción es diferente de la de los componentes.

Con presentarnos, pues, el análisis disgregados los elementos constitutivos de un agua mineral, no puede darnos á conocer la acción del agregado, que es lo que interesaría realmente á la hidrología médica.

Lo único para que sirve, es para darnos á conocer los principios mineralizadores que predominan, á fin de establecer sobre esta base una clasificación según las semejanzas que entre sí ofrezcan las aguas; al mismo tiempo que hacernos saber en qué enfermedades están indicadas, conforme la clase á que pertenezcan.

No creais, empero, que á pesar de lo dicho, el análisis de los elementos constitutivos de un agua mineral os revele el conocimiento de los casos en que está indicada. Este conoci-

tivamente lo estuviere, y que después se curaría cuando pasó con licencia temporal á su casa.

Cada vez que me paro á reflexionar sobre esto, me desespero, al ver la facilidad con que en un caso tan sencillo como este se manda formar causa, y tal vez pasarán desapercibidos hechos escandalosos que, bajo cualquier concepto que se les mire, deberían ser castigados. No quiero meterme á desfacedor de entuertos, ni menos ejercer el vil papel de delator, que si quisiera quizá no me faltaría materia para ello. Solo á mi objeto cumple por ahora mencionar el hecho que conmigo está pasando y cuyo solo relato me lastima.

Hace dos años que un hijo, único que tengo y en quien cifro todas mis esperanzas, entró en quintas, teniendo un tumor enquistado en uno de los lados del cuello. Este tumor, cuya existencia databa entonces de siete años, pocos días antes del sorteo adquirió el volumen de un huevo de gallina, y después de presentar señales evidentes de fluctuación, sin saber cómo ni de qué manera, se resolvió, en términos de reducirse al tamaño de dos ó tres piñones para el acto de la declaración de soldado. Al citado mi hijo, que le había tocado la suerte de tal por haber sacado un número bajo, se le declaró útil por el ayuntamiento de su pueblo, á pesar de haber probado por el oportuno expediente la enfermedad, de hallarse esta comprendida en la primera clase del cuadro de exenciones y de haber convenido en ella los facultativos que le reconocieron, declarándole consiguientemente inútil. Protesté, como no podía menos de protestar, del acuerdo inmotivado del ayuntamiento, y pasé con dicho mi hijo á la capital para presentarle al consejo de provincia. Los facultativos que practicaron su reconocimiento en la caja, desestimaron la

miento, ocioso es que os digamos que solo puede adquirirse por medio de la experimentación clínica.

Esta verdad es tan clara, tan patente, que nos creemos dispensados de probarla, y por eso no insistiremos más en ella.

Tampoco puede darnos á conocer si su acción es más ó menos enérgica: para ello sería necesario que ésta estuviese en relación con la mayor ó menor cantidad de principios que la mineralizan.

Pues bien: ni aun eso os puede manifestar el análisis, porque no existe semejante relación.

Agua mineral hay que ofrece los mismos elementos constitutivos y en igual cantidad que la común, y sin embargo, es su acción terapéutica tan enérgica, tan evidente, que no se puede poner en duda. ¿De qué dependerá, pues, esta diferencia, cuando las dos tienen la misma cantidad de elementos constitutivos? No puede depender de otra cosa más que del diferente modo como en cada una de ellas están combinados.

Lo mismo podríamos decir de las aguas ferruginosas y sulfurosas: es á veces tan insignificante la cantidad de carbonato de hierro ó azufre que contienen, que á ellos solos no se pueden atribuir los efectos que producen.

También se observa que entre aguas de una misma clase, las hay pobremente mineralizadas, y sin embargo, su acción es enérgica; mientras que es muy débil en otras que contienen grandes cantidades de principios mineralizadores. De modo que no puede ser más palpable la falta de relación que existe entre la acción de un agua y la cantidad de sustancias que la mineralizan.

Ya veis, pues, cuán limitado es el valor del análisis química en hidrología médica, cuán pobre y escasa su utilidad é importancia.

Por medio del estudio que acabo de hacer, creo que os he demostrado con gran copia de hechos y razones que he procurado analizar con la mayor escrupulosidad, que la química, á pesar del levantado vuelo que ha tomado, no ha podido aun conseguir el objeto que se propone, ni dado á conocer, por medio de los diferentes procedimientos analíticos de que dispone, las diversas combinaciones de las sustancias que mineralizan las aguas.

Cuando al principio os anuncié que sus pretensiones eran exageradas, y que muy poco debía de ella esperar la hidro-

inutilidad alegada por mi espresado hijo y comprobada por el expediente, y aunque todavía me quedaba el recurso de apelar de este fallo ante el referido consejo, tal fué el despecho que se apoderó de mí, que no obstante de espresar mi no conformidad con el acuerdo de la citada caja, renuncié á aquel beneficio, y salí más que á buen paso por la carta de pago de los 8,000 rs. que á prevención llevaba en el bolsillo.

Así las cosas, yo me volví á mi casa con mi hijo y con el convencimiento íntimo de que, tarde ó temprano, aquella causa que había alegado de inutilidad me había de producir algún día un gran quebranto, y este triste presentimiento, que cada vez ha ido arraigándose más en mí, ha venido haciéndose más fundado desde el momento de la redención de dicha suerte, pues desde aquel instante el mencionado quiste principió de nuevo á desarrollarse, aunque con suma lentitud, y hace como cosa de un mes que adquirió el volumen de una naranja grande, impidiendo los movimientos de la cabeza y aun en parte la deglución.

Ahora bien, ¿un tumor enquistado, cualquiera que sea su volumen, situado en uno de los lados del cuello, inmediatamente por debajo del ángulo de la mandíbula inferior, y cuyas alternativas de aumento y de disminución, probadas por el expediente justificativo, acreditaban su naturaleza, debió ó no ser reputado como causa legítima de exención? El número 98, orden 7.º de la primera clase del Reglamento para la declaración de las exenciones, dice así: «tumores enquistados ó en gran número, cualquiera que sea su asiento.» Y, ó yo no entiendo una palabra del lenguaje castellano, ó aquel tumor debió ser considerado como causa de legítima exención según la ley. En mi humilde concepto, bien interpretada esta

logía médica para la resolución de los problemas que agita, ya veis que no me equivocaba.

El objeto de mi trabajo, creedme, no era otro que el de demostraros esta verdad, que hoy más que nunca juzgo en extremo interesante. Si lo he conseguido ó nó, á vosotros os toca decirlo.

RAFAEL CERDÓ Y OLIVER.

Cambil 12 de noviembre de 1864.

SECCION PRÁCTICA.

Más sobre una epidemia de coqueluche complicada con fiebre tifoidea observada en Bujalance.

A no ser por una atenta carta del Sr. D. José de Alarcon y Salcedo, anunciándome que con la misma fecha remitía á la redaccion de *La España Médica* un artículo, impugnando el que con el título de «Epidemia de coqueluche complicada con fiebre tifoidea» escribí para *El Siglo Médico*, que tuvo la amabilidad de insertar en su núm. 550, se me hubiera pasado completamente desapercibida dicha impugnacion, que su autor llama «Breves reflexiones sobre la epidemia de coqueluche últimamente sufrida en la ciudad de Bujalance», porque ni leo *La España Médica*, ni tengo intimidad con ningun compañero que la lea.

Recibida la carta, hablé y escribí á varios comprofesores en demanda del último número del citado periódico, que á duras penas he logrado conseguir, y con él á la vista tomo la pluma, solo para tributar al Sr. de Alarcon una muestra pública de cortesía.

A no ser por esta consideracion, me creeria dispensado de contestar por varias razones:

1.^a Porque en mi anterior artículo tuve buen cuidado de decir, para evitar polémicas á que no soy tan aficionado como el Sr. Alarcon, que *mi carácter de mero historiador me impedía entrar de lleno en el ancho campo de las deducciones y de las teorías*, apelando para que me supliesen en este trabajo á *las personas de claro talento y recto juicio*, haciendo así un llamamiento implícito á los hombres eminentes del mundo médico, en cuyas manos entregaba el caso, por sí, manejado por sus plumas hábiles, podía reportar alguna utilidad á la ciencia.

Me place ver al Sr. de Alarcon acudir el primero al llamamiento de las eminencias, y tengo una satisfaccion en reconocerlo como tal, aunque le pese al ilustrado tocólogo ove-

quiere decir, que para eximirse del servicio de las armas basta tener tumores enquistados, ó muchos tumores de cualquier otra naturaleza.

Habla en verdad de tumores enquistados, en plural; pero en la locucion corriente, en el lenguaje propio de la ciencia, este plural no hace alusion al número sino á la variedad del género, y si alguna duda quedara del sentido de esta palabra, la desvanecería la particula disyuntiva *ó*, pues de otro modo con solo haber dicho tumores en gran número, hubiese completamente quedado vaciada la idea. Los facultativos de la caja debieran saber esto, y de todos modos bien pudiera exijírseles la responsabilidad en que han incurrido, con más razon que á mí se me quiere exigir.

JOSÉ MARÍA DE AGUAYO.

Montilla 19 de junio de 1864.

Los dos casos citados por el Sr. Aguayo prueban en sentido contradictorio las dificultades inherentes á toda opinion facultativa, en que va envuelto el diagnóstico de datos sugestivos, difíciles de apreciar, y un pronóstico más ó menos aventurado.

Las autoridades quieren con razon fijar este punto en cuanto sea posible fijarle, y el punto, como variable que es y sujeto á las condiciones de la vida, se escapa por todos lados sin que puedan evitarlo las precauciones más acertadas. En vano se hacen reglamentos y relaciones de defectos físicos; si se evita el escollo de la arbitrariedad en los juicios facultativos,

tense Sr. Longoria (1); pero en verdad hubiera deseado no me hubiese nombrado tantas veces y de una manera tan deferente é inmerecida para mí, poniéndome así en la imprescindible necesidad de tomar la pluma, suspendiendo otros estudios para corresponder á su atencion.

2.^a Porque las reflexiones del Sr. Alarcon en nada han alterado el valor de mi artículo, que continúa con el mismo vigor é integridad con que salió de mi pluma, y considero un absurdo defender una cosa que no ha sido ni puede ser combatida, y mucho menos por el Sr. Salcedo, que se conoce á legua no ha leído bien, ó por lo menos, no ha comprendido el contenido del artículo que se hace la ilusion de haber impugnado.

Y 3.^a Porque ocupado con los estudios y trabajos constantes y penosos que trae consigo la direccion de un establecimiento de baños minerales, no puedo malgastar un tiempo, para mí muy precioso y escaso, y que se conoce tiene el Sr. Alarcon muy de sobra, en una discusion que ni es de gran interés por estar ya juzgada y sancionada *in pectore*, sino por unanimidad, al menos por la mayoría absoluta de las autoridades científicas, ni en vista del giro extraño que le ha impuesto el escritor de Grado, nos conduciría más que á estraviarnos, al fin y al cabo, del objeto principal de mi anterior artículo.

Aunque atendidas estas tres poderosas razones, podía haber permanecido, sin menoscabo, en el más completo silencio, repito que solo un deber de cortesía me obliga á dedicarle cuatro renglones al Sr. de Alarcon, dándole las gracias por haber sido el primero en acudir á mi invocacion (implícita) á las autoridades de la ciencia médica, y por las frases lisonjeras que me prodiga en su escrito.

He dicho que mi primer artículo conserva toda su integridad y vigor á pesar de las reflexiones del Sr. de Alarcon, y lo probaré.

Pero antes, permitaseme hacer un análisis, siquiera sea *cálamo corriente*, porque el tiempo no dá para más, del artículo publicado en el núm. 453 de *La España Médica*.

Empieza el Sr. Salcedo con cuatro citas, de las cuales las tres primeras no es posible las haya transcrito mas que por lujo de erudicion, y la cuarta es la espresion genuina de la teoria anticontagionista, el único argumento de sus secuaces, que por ser único se ven obligados á mantenerlo en constante exhibicion.

En seguida toma la palabra y afirma que yo asiento, como una verdad incuestionable, como un verdadero axioma, que «las palabras epidemia y contagio son dos cosas inseparables, dos ideas tan correlativas, que la una aparece inmediatamente en pos de la otra.»

(1) Véase el comunicado de este señor en el número 450 de *El Siglo Médico*, 1862.

se dá en el de aplicar una medida inflexible á hechos que se resisten tenazmente á tal procedimiento. Por un lado es preciso no dejar impunes las faltas cometidas por ignorancia vencible ó por malicia, y por otro, imponiendo castigos, se corre el riesgo de causar vejaciones infundadas al que procede con conocimiento y buena fé.

¿Quién tiene la culpa de estos males? Nadie en el fondo, porque están en la esencia misma de la cuestion; pero es preciso tenerlo entendido así, y que no se pida á la ciencia una precision que no puede dar; que se sepan apreciar sus fallos, y que se proceda siempre con la circunspeccion y maduro examen que exige la variedad de intereses comprometidos en los asuntos de que tratamos.

Por otra parte, la dificultad de un problema está lejos de ser imposibilidad de resolverle. Por lo mismo que es materia árdua, debe estudiarse mucho la legislacion de los reconocimientos de quintos, y los profesores deben aplicarla sin ligereza y penetrándose bien de la responsabilidad que sobre ellos gravita.

Todas estas reflexiones no conducen á establecer nada definitivo; pero propenden á llamar la atencion de quien puede contribuir al mejoramiento de un estado de cosas, que afecta gravemente y compromete á las clases médicas.

X.

Siento decirle á mi distinguido comprofesor, que no ha estado absolutamente exacto. Es verdad que digo que las palabras epidemia y contagio son dos ideas correlativas, etc.; pero tengo buen cuidado de anteponer el «para mí» que se le ha quedado en el tintero, guardándome muy mucho de decir si esto es incuestionable ó nó, y si es ó deja de ser axioma.

Y al decir que la epidemia y el contagio son *para mí* dos cosas inseparables, no creo andar muy extraviado.

Veamos. Todas las enfermedades epidémicas por esencia, de *pour sang*, es decir, aquellas que de ordinario y por regla general se presentan epidémicamente, nó las que alguna que otra vez, rara, pueden afectar esta forma como el catarro, las intermitentes y otras, son contagiosas.

Ahí tenemos el tífus nosocomial, tífus icterodes, tífus de Levante, fiebre del Nilo, fiebre tifoidea, cólera morbo, escarlata, sarampion, viruela, coqueluche, gripe, sífilis (1), y mil más, todas contagiosas, y ¡qué casualidad! todas se presentan casi siempre bajo la forma epidémica.

Ya tiene el Sr. de Alarcon explicada la correlacion que yo creo ver entre las palabras epidemia y contagio.

Luego pasa el articulista á definirnos ambas frases, segun el diccionario de Ballano, por lo que le doy las gracias en nombre de la clase médica, á quien ha prestado un gran servicio; aunque más le valiera haberse abstenido de copiarlas, por las notables faltas de que adolecen, ó haber tenido más tino para elegir otras más completas y exactas; y á continuacion copia un párrafo de Chomel, que rechazo por absurdo: dice: «La prueba inequívoca del carácter contagioso es la *importacion*, y la falta absoluta de este dato es la que puede probar la cualidad no contagiosa de una enfermedad, por más epidémicamente que reine.»

El análisis nos dice que esto no puede ser cierto, porque para ser importada la enfermedad de un pueblo, es menester que á éste lo haya sido de otro y así sucesivamente, hasta venir á parar á un punto en que tuvo su origen, y al cual no pudo ser llevada de ninguna parte, y sin embargo, siendo contagiosa (*sic*), reinaria en esta localidad con el mismo carácter que en las demás.

El resumen exiguo que pretende hacer de mi artículo adolece tambien de inexactitudes. Leamos: «A consecuencia de las tormentas repetidas del mes de mayo y de la consiguiente alteracion de los componentes de la atmósfera, se presentó en la repetida ciudad *espontáneamente* una horrible y mortífera epidemia de coqueluche tifoidea, *que no se ha propagado á los pueblos inmediatos, á pesar de que la ciudad y ellos están en continua comunicacion*, etc.» Aquí está la inexactitud. Yo no he dicho una palabra de si se ha exportado ó nó á los pueblos inmediatos, ni si estos estaban ó dejaban de estar en continua comunicacion con la ciudad. Esta es una suposicion enteramente gratuita del Sr. Salcedo. Al contrario; en una nota siento como positivo que la epidemia no existió en ningún pueblo limítrofe antes que en Bujalance, pero que despues si se presentaron algunos casos de coqueluche, desprovista de malignidad, en el Carpio, distante dos leguas, y en Cañete que dista una, aunque sin deducir por esto que fuese importada de Bujalance, lo que es sumamente posible, á pesar de la falta del carácter tifoideo, que pudo muy bien perder la enfermedad al trasladarse desde este punto á aquellos. Ya vé el Sr. Alarcon como en vez de suponer que la epidemia «no se ha propagado á los pueblos inmediatos» debia haber visto en mis palabras todo lo contrario; porque esto es lo que se desprende de ellas.

Pero dejando á un lado este pequeño deslíz del Sr. Alarcon, entremos á examinar lo que se puede llamar fondo de su artículo, es decir, los párrafos que dedica á negar temerariamente el carácter contagioso de la coqueluche, y más aún de la que epidémicamente ha reinado en Bujalance. Mas antes voy á hacerle notar una contradiccion, de las muchas en que incurre. En el extracto que hace de mi artículo, y en todo el resto de él, concede que la epidemia nació espontáneamente por la electricidad, y á los pocos renglones me pregunta: «¿de dónde fué importada?» Ya lo sabe Vd., de ninguna parte, porque ya he dicho que no hay precision de que una enfermedad sea importada para que adquiera el carácter contagioso que le es inherente, porque llevando el análisis tan allá como se puede, llegaremos á un punto, el de su origen, en que no pudo ser importada.

Una cosa es que la enfermedad desarrollada, bien por la

influencia atmosférica ó por otra cualquier causa, adquiera la aptitud para transmitirse por contacto mediato ó inmediato, y pueda ser importada en otros puntos, y otra es que la *importacion* haya de preceder necesaria é imprescindiblemente á su origen. Esto es lo que negamos rotundamente.

Así ha sucedido con la coqueluche en Bujalance. Nació al fragor de las tormentas, y ya formada, en virtud de su carácter contagioso, se fué propagando por este medio.

Donde el Sr. de Alarcon echa el resto, donde se esplaya, es probando que no solo la coqueluche, sino muy especialmente la que ha reinado de una manera epidémica en la ciudad nombrada, no se ha propagado ni podido propagarse por contagio.

Este es su caballo de batalla, y por cierto que es lástima se haya montado en un caballo sin pies, en el que es imposible se sostenga.

Despues de muchas palabras con ínfulas de argumento, esclama con el énfasis que pudiera afectar un portugués: «No; allí no ha habido, no hay, no ha podido haber contagio.» ¿Por qué razon? Porque lo dice el Sr. Salcedo y nada más, pues no hay otra.

¿En qué se funda para deducir que no ha habido ni podido haber contagio? En nada; menos aún que en nada; porque parte de una hipótesis falsa, completamente falsa, que destruye de raíz toda su argumentacion, anulando su escrito.

¿Cómo se atreve á divagar temerariamente, ni á concluir sobre una cosa que no sabe ni puede saber, porque yo, único historiador de la epidemia que nos ocupa, no he dicho nada sobre ella?

No habiendo hablado en mi primer artículo una palabra sobre la manera como se propagó la enfermedad, contentándome con decir que en sus evoluciones «estaba viendo el contagio de una manera patente», porque á la verdad, no creia encontrar en la época actual una persona tan ilustrada como el Sr. de Alarcon, que dudase del carácter contagioso de la coqueluche, mal puede dicho señor suponer, ni mucho menos sentir como inconcuso, *que no ha sido ni podido ser por contagio*.

Le ha sucedido lo que le sucedería, por ejemplo, al que queriendo describir una fuente mineral que no conoce, apela á la hipótesis, formando por lo tanto un trabajo que se anula por sí mismo, que se derrumba por falta de base.

El artículo que combatimos es un edificio sin cimientos: ¿cómo se ha de sostener?

Si yo no he dicho aún nada sobre el modo de propagarse que tuvo la epidemia, está demás todo cuanto sobre este punto ha hablado el práctico de Astúrias.

La hipótesis falsa le conduce á la siguiente conclusion que adolece del mismo defecto de exactitud: «Que el carácter de la enfermedad ha sido esporádico en su origen y en su marcha, hasta en su *desaparicion*, por más que haya constituido una verdadera epidemia.» En primer lugar, cuando yo escribí la historia de la epidemia aún no habia desaparecido; por consiguiente, es gratuito todo lo que el Sr. de Alarcon supone sobre el carácter esporádico de la epidemia en su época de desaparicion, que no tuvo lugar hasta mucho despues de publicado mi artículo (1), ó mejor dicho, aún no se ha extinguido radicalmente, pues sé, por referencia, que subsisten algunos casos de esta enfermedad, si bien de una manera esencial; en segundo, que las palabras *esporádico* y *epidemia* se excluyen, y en tercero, que no me causaré de repetir, que todo cuanto mi distinguido comprofesor dice sobre la falta de contagio en la propagacion del mal, es completamente aventurado y fuera de base, por no haber yo explicado aún los trámites que siguió la coqueluche en su combate con la infancia de Bujalance.

Voy á hacerlo.

Desarrollada la epidemia por la influencia eléctrica, invadió unas cuantas organizaciones, las que estaban más pre-dispuestas; pero apenas apareció la enfermedad, se fué propagando en virtud de su esencia contagiosa, sin necesitar para ello de la electricidad, que si hubiera desaparecido desde aquel instante, no por eso habria cesado la coqueluche aunque hubiese cambiado de faz, perdiendo el carácter tifoideo maligno, debido á la constitucion médica, como empezaba á suceder, segun dije, en aquellos dias anteriores al en que escribí mi artículo, en que gracias al despejo y estado

(1) Si la epidemia es la invasion de un gran número de personas á la vez en un pueblo, fuera de duda está que la sífilis reina constantemente de una manera epidémica, porque no hay poblacion en que no haya un número bastante considerable de invadidos de ella, que á su vez la transmiten á otros.

(1) Al decir en él que la enfermedad se iba debilitando, gracias al estado normal en que entró la atmósfera y presagiar su próxima estincion, me referia únicamente á la complicacion tifoidea, que en efecto desapareció con la electricidad á los pocos dias, quedando la coqueluche esencial, de que aún se observa alguno que otro caso. Conste esta aclaracion para lo sucesivo.

normal que adquirió la atmósfera, iba presentándose la coqueluche algo desprovista de la complicación tifoidea gravísima que la acompañaba en un principio.

Esto nada tiene de extraño. Todas las enfermedades contagiosas, sean importadas ó broten espontáneamente por la influencia atmosférica ú otras causas, adquieren un carácter de malignidad mayor ó menor, según la alteración que haya en los elementos de la atmósfera, es decir, según que la constitución médica sea más ó menos fatal.

Si los principios atmosféricos no están profundamente viciados, la enfermedad epidémica no será tan mortífera ni pesada, aun cuando no deje de propagarse en la forma contagiosa que le es propia.

Así sucedió en Bujalance que la constitución médica, predisponiendo la organización delicada de los niños, imprimió á la enfermedad el carácter tifoideo, que desapareció al par que dicha constitución, quedando la coqueluche esencial tan epidémica y contagiosa, aunque no tan mortífera como cuando existía la complicación.

Desde el primer día de su aparición se notó la tendencia al contagio, y no solo la tendencia sino también la transmisión real y efectiva por este medio.

Empezó por una familia y fué recorriendo todas las de la ciudad.

Instalada en una casa, no salía de ella hasta después de haber acariciado con sus brazos fatídicos todas las naturalezas delicadas y dulces que hallaba al paso, con más ó menos fruición, según que la organización se doblegaba más ó menos á sus halagos.

(Se concluirá.)

LICDO. LEOPOLDO MARTINEZ REGUERA.

SOCIEDADES CIENTIFICAS.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.

LAS CAUSAS PRÓXIMAS DE LAS ENFERMEDADES; discurso leído ante la Real Academia de medicina de Madrid en la recepción pública del licenciado D. Joaquín Quintana (1).

En semejante situación, nada más que dirigir el pensamiento, como á un último refugio, hacia el orden biológico. Y así ha sucedido en efecto, esperando todos del lado de la vida un rayo de luz que disipase las sombras del misterio. Pero en vez de atenderse estrictamente á los hechos, á los datos suministrados por la observación, á la materia científica, en una palabra, que comprueba sencillamente el paso inmediato de la salud á la enfermedad, la transición del uno al otro estado sin intermedio alguno entre los dos en virtud de las leyes propias de la vida, desertaron por lo general del dominio de las realidades abierto ante sus ojos, y diéronse á imaginar, bajo la presión de ideas en el fondo inspiradas por el espíritu de las ciencias de lo inorgánico, modificaciones vitales ú orgánicas intermediarias especiales, latentes, infenomenales, íntimas y profundas, — causas próximas, — que representarían respecto de los hechos morbosos la condición siempre idéntica á sí misma, fija y constante, la unidad causal, en una palabra, que no había sido posible descubrir en las esferas de lo exterior y de lo psicológico. Desde este punto de vista las causas ocasionales, á pesar de su gran diversidad, prepararían y producirían esas modificaciones uniformes, y serían como otros tantos radios convergentes hacia la modificación central, de la que habrían de derivarse, por medio de determinaciones necesarias, todas las funciones morbosas; sin advertir que la unidad no puede en ningún caso nacer de la pluralidad, como no saldrá nunca lo idéntico de lo diferente mientras no cambie la constitución actual del entendimiento humano.

Una vez libres de las trabas que impone la experiencia, y lanzados en los anchurosos mares de lo quimérico, nada tan cómodo y fácil como dar rienda suelta á las preocupaciones dominantes, trazar y componer al capricho las causas próximas de las enfermedades y revestir al ídolo con la túnica que por sus colores más halaga los instintos de la imaginación. A esta altura se dividen naturalmente las opiniones, cada uno se estravía por diferente camino y todos obedecen ciegamente, y no pocas veces hasta con fanatismo, las sugerencias de

su temperamento filosófico. ¡Qué fecundidad y abundancia de imaginación! ¡Qué creaciones tan singulares y fantásticas! Apenas si se trasluce en muchas de ellas, que están calcadas sobre el modelo de la vida enferma y que aspiran á representar nada menos que la filosofía de una interesante sección del orden morbooso.

Para los mecanicistas, que son entre todos los médicos los más implacables y rudos niveladores de las leyes de la naturaleza bruta y de la naturaleza viva, y los que dan muestras más señaladas de desconocer en su genio propio las realidades del mundo biológico, la causa próxima no es otra cosa que un choque insuficiente ó exagerado, siempre anormal, invisible, que procedente de afuera, recae sobre las funciones orgánicas, y que separando á pico la salud de la enfermedad, abre así las puertas del orden morbooso. El mecanicista dejando en la sombra los más importantes elementos de la síntesis viviente, estudia exclusivamente la parte material, tiene muy en cuenta las conexiones orgánicas, sigue atento la dirección de los vasos, de los cordones y de las más delgadas fibras, por donde se desliza la fuerza que ha de mover al maniquí orgánico; en su alucinación continua, cree descubrir en todas partes el ingenioso artificio de la máquina, y por semejante medio pretende darse razón del desenvolvimiento de los síntomas, de la generalización de las enfermedades, de las simpatías, de las complicaciones, etc., etc. Desde este punto de vista las enfermedades se resuelven únicamente en movimientos recibidos ó comunicados de un modo necesario, y las explicaciones que de ellas se dan, se distinguen principalmente por su rigidez geométrica é inflexible, imagen invertida de las leyes de la vida, y por una pérdida sencillísima á propósito para fascinar y arrastrar á la multitud, y lo que es de mayor trascendencia todavía, para arrancar con alguna frecuencia el asentimiento de los médicos.

No menos estrecho en sus concepciones filosóficas que el mecanicista, el quimiatra se apodera del aspecto químico, que como uno de tantos elementos se destaca del gran fondo de la síntesis viviente. Una serie de reacciones especiales dá origen, en su opinión, y alimenta el movimiento de la vida fisiológica; y otra serie de reacciones, especiales también, es igualmente el hecho precursor, la causa inmediata, que produce y sostiene todas las evoluciones de la vida patológica. Pero al implantar así la química en la raíz misma de la vida enferma, al interponerla como puente necesario entre la enfermedad y la salud, lleva á ella necesariamente el carácter de fatalidad y constancia que la acompaña, cosa de que por lo demás ni se apercibe siquiera el quimiatra en su febril ambición de descubrir las condiciones que en los casos particulares determinan los fenómenos morbosos. No por otra razón analiza noche y día y sin descanso los líquidos y los sólidos, y se esfuerza por elevarse en alas de la imaginación desde las reacciones cadavéricas á las que en su sentir debieran inmediatamente preceder á la aparición de las enfermedades, ya que el velo de la vida protege el gran misterio, y al colocarlas fuera del alcance de la representación sensible, las hace refractarias á todo conocimiento. Si el mecanicismo era peligroso por la simplicidad de sus fórmulas, la quimiatria lo es sobre todo por el imponente aparato científico de que se rodea, más á propósito para conquistar la confianza en favor de su gran poder, que eficaz por sus procedimientos, que no salvan nunca los límites de la destrucción y la muerte, para penetrar en sus realidades la fenomenología íntima y profunda de la vida.

Al establecer la causa próxima de las enfermedades, el organicista se deja conducir por la idea dominante que guía todos sus pasos cuando atraviesa el campo de la biología. De un dogma que concentra toda la realidad en la organización y reserva para la vida simplemente el valor y la importancia de un efecto y de una resultante, es inevitable que en patología salga explícito otro dogma, que consagre las funciones morbosas como el efecto y el producto de alteraciones orgánicas íntimas y moleculares, y traduzca rigurosamente en las alternativas y en los progresos de la vida enferma los progresos y las alternativas de esas mismas alteraciones. Tal ha sido efectivamente el desarrollo histórico del organicismo. En vano las enfermedades traspasan numerosas, si así puede decirse, y estallan por todos los poros de la materia orgánica, dejando do quiera intacta é ileso la estructura; en vano comparecen diariamente ante la observación irrefragables y auténticas, sin que señalen su paso los más leves vestigios materiales: el organicista no por eso se desalienta; antes por el contrario, cobra al parecer nuevos bríos, prosigue infatigable su tarea, buscando siempre y en todas partes las lesiones de los órga-

(1) Véase el número 555.

nos; y mártir de su idea, no renuncia nunca á la esperanza de dar completo el cuadro de esas lesiones, prestando así importantes servicios á la ciencia, á pesar de agitarse y girar en un círculo de eternos errores.

Los médicos inspirados por el fisiologismo, los defensores de las propiedades vitales, sectarios de Brown ó de Broussais, no conciben menos constantemente entazadas que los sistemas anteriores, las enfermedades y las causas próximas que admiten é invocan como condiciones necesarias, si ha de ser posible la transición del orden fisiológico al orden morbozo. La abirritación y la sobreirritación del uno, y la irritación y la abirritación del otro, son los hechos inapreciables y quiméricos, imaginados por esos dos famosos reformadores con el objeto de explicar todas las funciones patológicas. No importa que esas funciones rebasen continuamente de los imaginarios y estrechos límites en que se pretende circunscribirlas, ni que se distingan entre sí por los caracteres más específicamente diversos, protestando así enérgicamente contra tal modo de interpretarlas. La lógica del fisiologismo, implacable como la de los demás sistemas, relacionará invariablemente las enfermedades con las causas *a priori* forjadas y reconocidas, y sin abrir ni por un momento los ojos á la realidad las uncirá al yugo tiránico de la incitación y de la irritación, condenándolas sin piedad á no representar más que un grado de la especie de escala termométrica, que se supone que recorrerían eternamente esos estados.

El animista, ó no explica las enfermedades, que aparecerían en el estadio de la vida sin antecedente, por obra de la casualidad y como aparecen ciertos fenómenos físicos de relaciones poco ó nada conocidas, ó bien, si ha de llenar esa gran laguna del sistema, debe considerarlas como errores del alma en la dirección del organismo, ó como el resultado de una intermitencia más ó menos rítmica, de un desmayo ó de un eclipse momentáneo de su vigilancia activa, sabia y previsor, y tratar de conciliar esos errores ó ese sueño de un instante con la inalterabilidad é incorruptibilidad que atribuye al principio animico. Desde este último punto de vista, único que completaría el sistema, ese delirio ó ese letargo del alma sería el hecho constante, la causa próxima que interponiéndose entre la salud y la enfermedad produciría todas las funciones morbosas. Una vez dado el desorden, el alma daría nuevas muestras de su sabiduría, conjurándolo hábilmente y restableciendo la regularidad y la armonía de la salud por medio de reacciones y de crisis siempre admirables, que harían poco menos que innecesarias la presencia y la intervención del médico.

Los vitalistas, ora sean doble-dinamistas ó barthesianos como la escuela de Montpellier, ora unitarios como el señor Chauffard, no se ven ya detenidos ante el inconveniente con que tropieza el rigor lógico del animismo. Para la una, lo mismo que para el otro, el principio vital por ellos *a priori* forjado y admitido como de segunda majestad que es, según la frase impregnada de idolatría con que el Sr. Lordat espresa la escelsitud que en su sentir corresponde á ese principio, es ya por su naturaleza francamente caduco y perecedero de igual manera que la vida, ofreciendo por lo tanto lados vulnerables á la acción de las ocasiones morbosas, y siendo susceptible de sufrir, aunque bajo el amparo de la espontaneidad, impresiones morbilicas. Esas impresiones que cambiarían de especie con el carácter nosológico, serían sin embargo el hecho necesario, que se intercalaría entre la salud y la enfermedad como causa próxima y efectiva, y llevarían en su seno virtual y anticipadamente, y como en miniatura invisible, que representaría no obstante y envolvería toda la realidad, —Chauffard,—las series ya encadenadas de los síntomas y de las lesiones, los fenómenos afectivos y reactivos, la multiplicidad morboza, visible y aparente, en una palabra, imagen pura y expresión simplemente exterior de las causas morbilicas verdaderas. Abandonemos á los vitalistas en su singular tarea de alcanzar y conocer lo real y lo invisible al través y por medio de lo visible y lo aparente, y llegando, como término de sus penosas elucubraciones, á un resultado no menos singular, bastante para demostrar por sí solo la inutilidad de tanto esfuerzo, á saber: á una realidad que aparece de todo punto conforme con la apariencia misma, —¿cómo conocerla, si no apareciese de algún modo ante la inteligencia?—copia simple, fotografía microscópica de la manifestación sensible, del fenómeno, que en su altivez tan presuntuosamente desdennan y desprecian; y concretándonos á tomar acta del hecho principal que cumple á nuestro propósito, lamentemos únicamente tanto extravío y procuremos en nuestras investigaciones no traspasar nunca el límite de los fenó-

menos y de sus leyes, que constituyen toda la realidad accesible al conocimiento y de los cuales viene toda la luz que ilumina á la inteligencia.

Nada diré de los empiricos, que muy poco dados á las especulaciones generales no se cuidan de levantar concepciones teóricas, que pongan en armonía los diferentes puntos que comprende la ciencia, y se atienen al principio práctico de curar las enfermedades por los métodos reconocidos ya como eficaces en casos idénticos ó análogos. ¿Como si la espontaneidad de la vida engendrando, como engendra sin cesar, nuevas formas y nuevas costumbres morbosas, no hiciera ilusorias en su principio mismo la aparente sensatez y la falsa modestia del empirismo! ¿Como si aun existiendo alguna vez la identidad patológica, fuese por sí misma prenda segura del acierto terapéutico, y el organismo vivo, máquina dócil y obediente, hubiera por necesidad de responder siempre de igual manera á iguales procedimientos curativos! Es lo cierto que por horror innato á los conocimientos generales, que son, no obstante, la armazón interior de la ciencia, el empirico, como un corolario muy natural de su doctrina anti-científica, deja de establecer las causas próximas de las enfermedades, hecho que me limito á consignar simplemente en esta rápida revista de los sistemas.

Los especificistas, cediendo á las sugerencias de la patología vegetal, fortificadas por las enfermedades parasitarias que se observan en los animales y también en la especie humana, no dudan un momento en concebir todas las funciones morbosas como seres vivos maléficos é independientes, que poblando la naturaleza acecharían la ocasión oportuna de penetrar en el organismo, para anidar en él y avanzar en el camino de su evolución fisiológica ó de su metamorfosis á costa de la salud de los cuerpos vivos, que hubieran elegido como presa de su voracidad y teatro de su devastación y sus estragos. El especificista no se pregunta si en los casos mismos en que los parásitos caen bajo la acción de los sentidos, no serían más bien un efecto que la causa de las afecciones á que acompañan; rechaza para ellos sin más examen el valor de simples elementos morbosos, y los eleva desde luego á la gerarquía de causas activas y tangibles de las enfermedades, como si no pudiese la vida bajo cualquiera de sus formas bastarse á sí misma por su propia actividad, para pasar del estado fisiológico al estado morbozo. Tampoco se pregunta si no sería víctima de una alucinación peligrosa al estender á la patología entera, sin otros datos que los suministrados por su fantasía, un concepto que pudiera ser legítimo, limitado á alguna de sus regiones; y sordo á las más formales protestas de la experiencia, dejará reducido el orden patológico en masa á un vasto é inmenso parasitismo, concediendo á esos seres imaginarios y á las condiciones que los hacen accesibles á la vida, la consideración de causas próximas de todas las enfermedades.

Otro tanto pudiera decirse de las demás concepciones médicas, compuestas ó derivadas de los sistemas precedentes, de sus variedades y matices más ó menos individuales, cuya detallada enumeración debo pasar en silencio, por reclamarlo así las naturales dimensiones de este discurso. Me limitaré únicamente á afirmar que no existe una sola entre ellas, que no aspire con empeño á distinguirse de las demás principalmente en la cuestión etiológica; que como rasgo fundamental y divisa de escuela no establezca en el seno de la vida su causa próxima infenomenal y oculta, ya que no puede lograr su intento en el mundo de los fenómenos, y que no procure, por último, explicar por medio de relaciones patogénicas invariables la generación de todas las funciones morbosas.

Atendiendo al ligerísimo bosquejo que antecede, es fácil ver que los sistemas generalmente conocidos, resumen filosófico del pensamiento médico de las generaciones pasadas y representación á la vez palpitante del espíritu que anima á la ciencia moderna, no hallan medios hábiles de resolver la cuestión etiológica, si no interponen entre la salud y la enfermedad un hecho uniforme y constante, que determine de un modo necesario las manifestaciones del orden morbozo, hecho que guiados siempre por la imagen de la causalidad inorgánica, plano primero sobre que descansa la educación de la inteligencia, pretenden todos encontrar en las profundidades misteriosas de la vida, después de haberlo buscado en vano en la esfera de las multiplicadas relaciones que la unen con los fenómenos del mundo exterior y del mundo psicológico. Y—cosa singular y que prueba la extensión del funesto poder que sobre las ideas ejercen inveteradas preocupaciones!—á pesar de ser tan diversos los puntos de partida de que arrancan esos sistemas y tan marcadas y decisivas las

diferencias que los separan, todos parecen de acuerdo para realizar, aunque siguiendo distinto camino, un mismo pensamiento; todos se confunden al término de su carrera en un fin común; todos sacrifican al fatalismo, el mecanicismo como el sistema de las propiedades vitales, la quimiatría de idéntica manera que el vitalismo, encadenando de un modo igualmente invariable las enfermedades con las causas próximas que respectivamente les asignan, verdadera soldadura de los actos vitales, que escusable en los que profesan al descubrimiento doctrinas francamente materialistas, debiera al menos ser inconcebible para los que tanto glorifican las espontaneidades del orden viviente.

No habrá sido más difícil tampoco traslucir el escaso valor de los fundamentos en que se apoyan esos sistemas, puesto que es por fortuna táctica bastante conocida y desacreditada ya en el dominio de las ciencias, huir de la luz clarísima de la realidad fenomenal, so pretexto de descubrirla más pura y brillante en las nebulosas regiones de una vana y pretenciosa metafísica. Sin embargo, como todos creen de buena fé evitar ese grave escollo, y es de presumir que al fijar las causas próximas de las enfermedades en el seno de la vida, se piensa seriamente en asentarlas sobre bases más firmes y sólidas, se hace necesario un estudio más detenido de este punto, antes de juzgar de una manera definitiva.

Y esta me parece ser la ocasión oportuna de interpelar á todos los sistemáticos, sea cualquiera su nombre y los colores de su bandera, y de esperar á pie firme las esplicaciones precisas y satisfactorias á que los obliga la posición que voluntariamente han escogido y que defienden como el arca veneranda de sus creencias. ¿Es cierto que vuestras reacciones químicas, vuestras alteraciones orgánicas, vuestras irritaciones, vuestras impresiones morbosas, que vuestras causas próximas, en una palabra, son algo más que puros juegos de la imaginación, hipótesis inverosímiles é improbables, y que constituyen un hecho bien definido entre las realidades del orden viviente? ¿Cómo dudar de una cosa de suyo tan clara, responderán todos á un tiempo, cuando basta con penetrar en las interioridades de la organización enferma y examinarla de un modo fundamental, para ver escrita por todas partes la idea que sirve de emblema á nuestro pensamiento patológico?... Y entreabriendo tesoros de instrucción y dejando lucir las galas de su ingenio, todos desenvuelven á porfía el punto de vista que les es respectivo, todos exponen hechos y alegan argumentos; y—privilegio que debe á su gran complejidad la complicada síntesis de la vida!—esos hechos son igualmente ciertos, esos argumentos parecen igualmente plausibles, la razón se encuentra al parecer en todas partes y todos hablan el lenguaje de la convicción más profunda.

Empero si merecen el mayor respeto las convicciones científicas, por ser la obra del estudio y la meditación y el acto más solemne y augusto de la personalidad humana, no sería justo, sin embargo, declararlas inviolables. No por otra razón usando de un derecho común á todos, y que es al mismo tiempo la salvaguardia del progreso, me permitiré sujetar esas opiniones á un ensayo, por decirlo así, de química intelectual, que por medio de procedimientos seguros dará la medida exacta del valor que les corresponde.

Mas al proseguir en mi tarea, me sale al encuentro un deber imperioso, que me apresuro á cumplir con tanto mayor gusto é interés, cuanto que una omisión de este género pudiera parecer un hecho sumamente grave: hablo de la necesidad moral de una declaración que ponga á cubierto la rectitud de mis intenciones. No son los médicos insignes y prácticos eminentes de todas las edades, de los comprendidos en la censura, que para bien de la humanidad he creído conveniente hacer en este discurso de los principales sistemas. No es la sensatez bastante característica por fortuna de los médicos españoles, ni mucho menos la de sus más legítimos y dignos representantes, la que en ningún tiempo necesitó más del látigo de la crítica, para modelar las ideas teóricas sobre el tipo de la prudencia y arreglar las decisiones prácticas á lo que de todos reclama la conveniencia de los enfermos. No: el médico español, más ceñido á la tradición y á la experiencia que fácil á dejarse arrastrar por concepciones flamantes, nacidas en suelo extranjero, admitió siempre con reserva las reformas, y fué con frecuencia ante el lecho del dolor modelo de cautela, de tacto y buen sentido. Mis consideraciones van dirigidas contra esos sistemáticos de pura raza, que como de una á otra idea pasan de la concepción *a priori* al hecho médico, exigiendo de él que confirme á viva fuerza conclusiones no menos absurdas que hipotéticas, y contra aquellos que no abren los ojos ante continuos desengaños, y

para quienes la realidad y la experiencia dejan de ser progresivas en el orden del conocimiento, acostumbrados como están á suplantarlas eternamente por el inmóvil fantasma que, producto de su imaginación, los alucina y sin cesar los asedia.

Una vez hecha esta salvedad importante, es llegado el momento de usar del reactivo por cuyo medio ha de apreciarse la verdad que encierran los sistemas antiguos y modernos relativamente al punto que nos ocupa.

(Se continuará.)

ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICO-MÉDICOS.

ARTICULO XVI (1).

Varios autores españoles dieron cumplida materia para el artículo anterior de esta colección, dedicada al estudio de las obras médicas que se encuentran en la Biblioteca pública provincial de Cadiz. Hoy también tengo el gusto de empezar este por la descripción de un libro de otro de los más célebres de su siglo. Heredia, famoso médico de Felipe IV, catedrático de la insigne Universidad de Alcalá, dejó inéditas sus obras, que vieron la luz por los cuidados de su discípulo Barea. La edición que tengo á la vista empieza con el tratado de fiebres, tan bueno como el mejor, especialmente en lo que trata de las calenturas intermitentes, lleno de muy buenas observaciones y en el que hace gala de una erudición estensísima. Pero la lectura de este y de los demás tratados se hace pesada y fastidiosa por lo confuso del lenguaje y por el modo oscuro con que presenta algunas verdades. Son dos tomos en gran folio de buena impresión.

El primero tiene un retrato del autor, de edad de 74 años, bien grabado, y está portada:

«Cl. viri D. Petri Michaelis de Heredia Complutensis primarii, et Decani; atque Philippi IV Hispaniarum Catholici Regis Archiatri.—Operum medicinalium tomus primus, in quo iuxta Hippocratis, Galeni et Avicennæ mentem perfectè, et absolute tractatur de febribus, tam in genere, quam in specie, de earumque essentia, differentiis, causis, signis, præsagiis, curationibus; nec non de coctione, et putredine.—Editio altera perquam accurate recognita, ac emendata curâ et diligentia D. Petri Barea de Astorga, Regii Medici, posthumæ quæstione de febribus eradicatu difficilibus aucta.—Lugduni, Sumptibus Laurentii Arnaud, et Petri Borde. MDCLXXIII. Cum privilegio Regis.»

Sigue la dedicatoria al Doctor Gregorio Vallesco y el prefacio de Barea.

Larguísimo sería dar una lista de las muchas secciones y cuestiones en que se divide cada tratado, por lo que solo diré sus divisiones principales á fin de dar una idea del libro.

La parte primera, que tiene dos tratados, ocupa hasta la página 293, donde empieza el de la fiebre hética, que tiene 16 capítulos y llega á la página 338. En la siguiente empieza la parte segunda, que contiene: «Tract. de febre colliquante. (11 capítulos.) T. de febre putrida cum fluxu alvi implicita. (4 cap.) T. de febre singultuosa. (3 cap.) T. de febre vertiginosa et eius curatione. (5 cap.) T. de coctione et putredine. (3 disp.) T. de febribus perniciosis. (3 disp.)» Fin del volumen en la página 555.

El segundo volumen empieza con el tomo segundo, que trata: «Complectens historias epidemicas seu commentaria in Hippocratem de morbis popularibus.» Son 38 historias muy minuciosas y bien redactadas: 212 páginas y un largo índice alfabético.

Sigue el volumen: «Tomus tertius in quo complete tractatur de morbis acutis totius corporis humani. Adiciuntur in fine eiusdem de somno et vigilia, necnon de natura delirii, et eius causis tractatus.» Proemio del editor. «Sect. 1. De morbis acutis capitis. D. 1. De phrenitide. (6 cap.) D. 2. De aliis tumoribus cerebri (1 c.) D. 3. De lethargo. (4 c.) D. 4. De typhomania. (2 c.) D. 5. De catoccho et catalepsi. (2 c.) D. 6. De caro. (4 c.) D. 7. De accessione epileptica. (3 c.) D. 8. De apoplexia. (6 c.) D. 9. De tetano. (4 c.)—Sect. 2. D. unic. De acutis aurium morbis. (3 c.)—Sect. 3. D. unic. De acutis morbis faucium, gutturis, et gurgulionis, de angina. (12 c.)—Sect. 4. De morbis acutis thoracis. D. 1. De pleuritide. (4 c.) D. 2. De pulmonia. (3 c.) D. 3. De sanguinis reiectione. (4 c.)—Sect. 5. De morbis acutis cordi evenien-

(1) Véanse los números 203, 229, 269, 295, 311, 384, 391, 403, 435, 464, 487, 530, 535, 544 y 553.

libus. D. unic. De syncope. (3 cap.)—Sect. 6. De morbis acutis ventriculi. D. unic. De cardialgia. (5 c.)—Sect. 7. D. unic. De morbis acutis iecoris. (5 c.)—Sect. 8. Disp. 1. De morbis acutis intestinorum. (2 c.) D. 2. De ileo seu volvulosa passione. (2 c.)—Sect. 9. D. unic. De morbis renum. (4 c.)—Sect. 10. D. unic. De morbis acutis vesicæ. (2 c.)—Sect. 11. D. unic. De morbis uterinis. (10 c.)» 218 páginas «Tractatus de somno et vigilia. (15 c.)—T. de natura delirii, et eius causis. (15 c.)» Fin del tomo en la página 276, con su correspondiente índice.

Continúa el volumen: «Tomus quartus in duos libros partitus, quorum primus affectuum particularium tractatus alitquot perlustrat; alter de morbis mulierum et utero-gerentium accurate disserit.» Prólogo de Barea. «Liber primus. D. 1. De hydrophobia. (7 c.) D. 2. De melancholia hypochondriaca. (5 c.) D. 3. De tremore. (6 c.) D. 4. De motibus convulsivis et tremulis. (6 c.) D. 5. De malignis erysipelatibus. (7 c.) D. 6. De morbis difficilioribus ad regionem vitalem pertinentibus. (13 c.) D. 7. De morbis gravioribus renum et vesicæ. (17 c.) D. 8. De essentia, præsignio et curatione dysentericæ. (14 c.) D. 9. Tractatus percelebris de expurgatione minorativa. (5 c.)—Liber secundus. De muliebribus morbis. D. 1. De pertinentibus ad sanguinem menstruum. (4 c.) D. 2. De immoderato fluxu menstruum. (4 c.) D. 3. De menstruis difficilimis et cum accidentibus molestis. (2 c.) D. 4. De menstruis debitum tempus accelerantibus. (2 c.) D. 5. De menstruis postpositis. (2 c.) D. 6. De menstruis corruptis. (2 c.) D. 7. De albis uteri purgationibus. (4 c.) D. 8. De complicatione menstruum cum aliis morbis. (6 c.) D. 9. De tumore mammarum dicto zarathan. (5 c.) D. 10. De utero gerentium affectibus. (15 c.)» Fin en la página 244. Largo índice general alfabético.

Ocupando un tomo en 8.º, de clara impresion y letra bastardilla, se encuentra la obra en italiano siguiente:

«Tesoro della vita humana, dell' excellentiss. Doctor, e cavalier M. Leonardo Fioravanti Bolognese. Diviso in quattro libri. Nel primo, si tratta delle qualità, et cause di diversa infirmità, con molti bei discorsi sopra di ciò. Nel secondo, si describono molti esperimenti fatti da lui in diverse parti del mondo. Nel terzo, vi sono diverse lettere dell'autore, con le sue risposte: dove si discorre così in Fisica, com' in Chirurgia. Nel quarto et último, sono rivelati i secreti più importanti di esso autore.—Di nuovo ristampato, e con diligenza corretto.—Venetia, Per il Brigna. MDCLXXIII.—Con licenza de super. e privil.»

Después del índice empieza con el «Avvertimento grandissimo et importantissimo alli medici, che curano é infirmità interiori,» y sigue tratando de lo siguiente:

Página 1. «Discorso sopra la medicina.» En 28 capítulos trata de las causas de las enfermedades en general y de las fiebres en particular, estendiéndose luego en sus diferentes clases y en los dolores de cabeza, dientes y estómago, lumbago, ciática, mal francés, tiña, tos, dificultad de orinar, erisipela, etc., etc.—Página 33. Libro segundo. Cuenta que el año de 1548, cuando Felipe de España fué á Génova, salió él de su casa con ánimo de viajar, empezando á ejercer la facultad en Palermo á los 30 años de su edad. Estuvo además en Nicotra de Calabria, Egrópula, Nápoles, Roma, Venecia, Pésaro y Verona, y en Africa de médico de D. García, hijo de D. Pedro de Toledo, virey de Nápoles, para donde partió en mayo de 1551. Cada uno de los 82 capítulos de que consta el libro contiene una observación, entre las que intercala algunas breves descripciones médicas de los países que visitaba.—Página 82. Libro tercero. Contiene 71 cartas con sus respuestas sobre diversos puntos de medicina, 32 cartas del autor, discurso sobre la gota y otras cosas.—Página 489. Libro cuarto. Secretos y recetas, algunas tan raras como la de la piedra filosofal, etc. 403 capítulos. Fin en la página 592.

Termina con la siguiente lista: «Libri dell'autore posti in luce.—Il capriccio medicinale. Il compendio de secreti rationali. Il reggimento della Peste. La Chirurgia. Il discorso di Cirugia. Lo specchio di scientia universale. Il tesoro della vita humana. Et la fisica.»

Es obra curiosa y entretenida.

La cirugía del Dr. Calvo, valenciano, llega ahora á mis manos. Obra muy rara y difícil de encontrar segun Morejon, mas no tanto segun Chinchilla, que cita en sus *Anales históricos de la medicina* seis ediciones, y dice posee tres, no siendo ninguna de ellas igual á esta que voy á describir. Tiene este largo título:

«Primera y segunda parte de la Cirugía universal y particular del cuerpo humano, que trata de las cosas naturales, no

naturales y preternaturales, indicaciones, humores; de la curacion de los apostemas, llagas y úlceras y del antidotario, en el qual se trata de la facultad de todos los medicamentos; asi simples, como compuestos, segun Galeno en el libro quarto y quinto de la facultad de los simples; con otros tratados, asi en general, como en particular. Añadidos tres tratados, uno de anatomia y otro de morbo gálico del mismo autor, con otro de fracturas y dislocaciones; por el licenciado Andrés de Tamayo, médico y cirujano. Compuesto por el Doctor Juan Calvo, médico Valenciano, lector de Medicina en dicha Universidad.—Al reverendo Padre Fray Joseph de la Madera, de la orden del Glorioso San Juan de Dios, y cirujano mayor de su hospitalidad desta corte.—Correjada y aumentada en esta última impresion.—Con licencia: en Madrid: por Antonio Gonzalez de Reyes.—A costa de la hermandad del Glorioso San Gerónimo, de los mercaderes de libros desta corte.»

En la dedicatoria de la hermandad á Fr. Joseph Lopez de la Madera, se dice que dicho padre fué por dos años cirujano mayor de la Armada Real del mar Occéano del mando del duque de Aveiro, á la que le destinó D. Juan de Austria por su grande y reconocido mérito.

Después del prólogo inserta la siguiente notable receta que copio por lo curiosa:

«Confectio pro salute animarum.»

Recipe.

Radicum.	Candidissima Fidei.	
	Firmissima Spei.	
	Rubicunda charitatis.	
Foliorum.	Borraginis.	Glorie.
	Urticæ.	Mortis.
	Cappari.	Indicii.
	Rutæ.	Inferni.
	Lylorum.	Castitatis.
	Crocii.	Jejuniorum.
	Malipersia.	Elemosynarum.
	Marisci.	Orationum.
	Violarum.	Cognitionis sui.
Florum.	Nardi.	Humilitatis.
	Absinthii.	Contritionis.
	Aloes.	Confessionis.
	Agarici.	Satisfactionis.
	Myrrhæ.	Mortificationis.
	Thuris.	Conceptus mundi.
	Confectionis.	Matris Christi cum margaritis.
	Specierum.	Diapostolorum.
		Diamartyrum.
	Troiscorum.	Dia sanctorum omnium.

«Miscéantur hæc omnia in mortario conscientie, alterentur pistillo doloris et baculo justitie, cribrentur memoria Passionis Jesu-Christi, et cum saccharo divini amoris dissoluto in aqua lachrymarum, ad ignem tribulationis, amaritudinis, et patientie, fiat confectio cordialis in morsellis pura et sincera, mente quotidie in aurora masticandis, gustandis, ac deglutandis.»

Entrando ya en el testo, empieza con la paginacion el «Libro primero, muy útil y provechoso para médicos y cirujanos, que trata de las cosas naturales, no naturales y preternaturales.» (Elementos, humores, partes del cuerpo, temperamentos, facultades, operaciones del espíritu, causas de enfermedades, accidentes, sectas de médicos que hubo antiguamente, método, indicaciones, humores, sangre, cólera, atrabilis, flema, etc.) 26 capítulos.—Página 52. «Libro segundo en el qual se trata de los apostemas.» (Divisiones, causas, señales, pronósticos, curacion, abscesos, flemon, divieso, carbunclo, aneurisma, erisipela, herpes, edema, excrecencias, berrugas, escirro, cáncer, etc.) 27 cap.—Pág. 126. «Libro tercero, de los apostemas en particular.» (Tiña, lupias, orzuelo, hidrocefalos, oftalmia, apostemas de las orejas, parótidas, pólipos, ránula, bocio, hernia, en fin apostemas de todas las partes del cuerpo en particular.) 28 cap.—Pág. 172. «Libro quarto, de las llagas.» (Definicion, causas, pronósticos, curacion; llagas compuestas, carnosas, con contusion, mórbidas, hechas con bombardas y escopetas, por incision, de los huesos, cartilagos, nervios, tendones, venas, arterias, etc.) 15 cap.—Página 208. «Libro quinto, de las llagas en particular.» (De las de cabeza, señales para conocer las dichas con fractura y su curacion; con instrumento cortante y sus accidentes; del pecho y cavidad vital, del vientre y cavidad natural, pronósticos y curacion, de las estremidades, etc.) 18 cap.—Página 253. «Parte segunda de la Cirugía del Doctor Calvo. Libro primero el qual trata de úlceras.» (Causas, señales, pronósticos, curacion, con dolor, apostema, contusion, carne supérflua, con labios duros, varicosa, virulenta, pútrida, con hueso corrompido, profunda, fistulosa, cancerosa, etc.) 19 capítulos.—Pág. 300. «Libro segundo, de las úlceras en particular.» (Talperias, de la cara y noli-me-tangere, de los

ojos, lagrimal, nariz, y de cada parte del cuerpo en particular, callos y carnosidades en la vía de la orina, etc.) 13 cap.—Pág. 352. «Libro tercero, del antidotario, en el qual se declaran las facultades de los simples y cosas naturales.» (Habla en general de los medicamentos y sus propiedades y de algunos en particular, terminando con el tratado de la purga.) 26 cap. Indices de capítulos y alfabético.

Página 434. «Signense los tres tratados que en esta última impresión se han añadido; uno de anatomía y otro de morbo gallico del mismo autor, con otro de fracturas y dislocaciones; por el Licenciado Andrés de Tamayo, médico-cirujano.—Tratado 1.º De la anatomía verdadera del cuerpo humano.» (Definición, razón por la que la naturaleza ha hecho las partes de adentro, del cuero, gordura, peritoneo, redano, estómago, tripas, etc., etc., formación del feto; huesos, su descripción, ídem de los músculos, nervios, arterias, glándulas, etc.) 53 capítulos.—Pág. 536. «Tratado 2.º Del morbo gallico, en el qual se enseña su origen, causas y curación, el modo de hacer el vino santo, dar las unciones, y corregir sus accidentes.» (Se decide por el origen americano de la sífilis. Trata de sus causas, señales, pronósticos, curación, de la raíz de China, palo santo, zarzaparrilla, mercurio ó argento vivo, de las unciones, y en particular de las úlceras, bubones y demás síntomas.) 25 cap.—Pág. 572. «Tratado 3.º De las fracturas y dislocaciones. Dividido en dos libros. 1.º De la anatomía, articulaciones, dislocaciones y fracturas de todos los huesos del cuerpo.» (Va describiéndolas por regiones y tratando en particular de las dislocaciones.) 14 cap.—«2.º De las fracturas de los huesos en general y en particular de la curación de la fractura que ha curado, pero quedando el miembro torcido y de mala figura.» (Para esto vuelve á quebrar el hueso preparándolo antes con fomentos y unturas emolientes y luego le aplica otra vez el vendaje que propone para la curación de todas las fracturas.) Fin en la página 590.

«Con licencia. En Madrid por Antonio Gonzalez de Reyes, año de MDCLXXIII.»

Es un tomo en folio de mal papel é impresión. Se deduce de varios pasajes de esta obra el conocimiento exacto que tenía su autor de la circulación de la sangre, y es uno de los á quien se atribuye su descubrimiento. Recomendando la lectura atenta de tan notable como curioso libro.

En el artículo XII de estos Estudios traté de una obra del Doctor Maroja titulada: «Consultationes, observationes, et annotationes medicas,» y ahora voy á hablar de un tomo en folio que comprende todas las del mismo autor, de cuya colección es la tercera la citada en dicho artículo.

Esta es la inscripción que tiene en su portada:

«D. D. Cypriani de Maroja, magni Philippi IV Hispaniarum Regis potentissimi, ac S. Inquisitionis Medici et Ministri; in celeberrima Pintiana Academia primò methodicæ, vespertinæ, et primariæ Hippocratis cathedræ; deinde verò primariæ Avicennæ moderatoris perpetui, opera omnia medica, tribus absoluta partibus, quarum I februm naturam in communi, et in singulari, earumdemque causas, signa, et curationes, et celebri quæstione de partium diversitate in mixtis. II Praxim universalem de internorum morborum natura, et curatione complectitur, variis ornatam observationibus et disputationibus. III Consultationes, observationes, et annotationes medicas continet, una cum plurimis disputationibus physicis ad praxim medicinæ complementum valde necessariis.—Editio altera diligenti curâ recognita prioribus emendatior, copiosissimisque indicibus completior.—Lugduni, sumptibus Laurentii Arnaud, et Petri Borde. MDCLXXIV. Cum superiorum permissu.»

La introducción es del Doctor Juan Lázaro Gutierrez. Sigue el prólogo y una carta al autor del Doctor Tomás Gil-Negrete, índices, etc. El cuerpo de la obra está distribuido del modo siguiente:

Página 1. «Tractatus de febris in quinque libros divisus: cui adjunguntur brevis tractatus de morbi gallici natura et curatione; quæstioque celebris de partium diversitate in mixtis. Liber 1. De februm natura. (4 questiones.) L. 2. De februm divisionibus. (6 quest.) L. 3. De causis februm in communi. (14 quest.) L. 4. De februm universali, et particulari curatione. (16 ques.) L. 5. De febre pestilenti et maligna. (3 ques.) Tractatus de morbi gallici.» (Página 162. 9 cap.)

Página 183. «Praxis universalis de internorum morborum natura et curatione; observationibus variis, et disputationibus ornata. L. 1. (Dignidad y excelencias de la medicina, preparación y dosis de los medicamentos, dolor de cabeza, letargos, etc. 20 capítulos.) L. 2. (Oftalmia, anginas, odontalgias, parótidas, etc., etc., 6 cap.) L. 3. (Asma, tisis, neu-

monia, peripneumonia, empiema, síncope, etc., 10 cap.) L. 4. (Hambre canina, pica, malacia, cólera, diarrea, cólicos, etc., etc., 18 cap.) L. 5. (Hidropesía, anasarca, cálculos renales y vexicales, etc., 11 cap.) L. 6. (Inflamación de los testículos, hidropesías, del útero, histerismo, artritis, etc., etc., 14 cap.)

Página 437. «Consultationes, observationes et annotationes ad philosophiam et medicinam attinentes et ad praxim maximè conducentes, una cum plurimis disputationibus physicis et medicis.» El libro 1.º tiene 14 observaciones, el 2.º 12, el 3.º 8 y 3 disp., y el 4.º y último 7 de unas y otras. Fin en la página 632. Largo índice alfabético.

Esta edición, hecha en regular papel con impresión buena y clara, no es citada por el Doctor Chinchilla, el cual menciona todos los diversos tratados de que consta aparte y publicados en diferentes ediciones.

De poco interés es á mi parecer la obra que á continuación espreso:

«Gabrielis Clauderi, D. Medici Ducalis Saxonici, Academici curiosi, dissertatio de tinctura universali, vulgò Lapis philosophorum dicta, in qua I quid hæc sit; II Quod detur in rerum natura an christiano consultum sit immediatè in hanc inquirere; IV è quo materia; et V quo modo præparetur, per rationes, et variorum experientiam perspicuè proponitur; aliæque curiosa et utilia, huic analoga, aducentur. Ad normam Academiæ Naturæ curiosorum.—Cum Serenissimi Electoris Saxonici privilegio.—Altenburgi, apud Godofredum Richterum. 1678.»

Véase un resumen sucinto de ella.

Dedicatoria al Príncipe Federico Duque de Sajonia. Prólogo. «Caput 1. Exhibens occasionem scribendi. Caput 2. Tradens, quid sit? (pág. 11.) Definitionem. Tinctura universalis est supremum et perfectissimum artis Medico chymicæ mysterium, è primis naturæ principiis unitis paratum, quo corpus humanum vegetum in statu naturali conservatur ac à morbis defenditur, morbosumque vigori pristino restituitur, metalla insuper imperfecta singularibus solutionibus et depurationibus in verum aurum vel argentum exaltantur et transmutantur. (Esta oscura definición está comentada palabra por palabra.) Caput 3. Quod datur in rerum natura? Caput 4. Ventilans, an consultum sit christiano, immediatè in tincturam universalem inquirere. Caput 5. Declarans, è quâ materia præparetur tinctura universalis. (pág. 165 y siguientes.) Materia tincturæ universalis est substantia, è primis catholicis et purioribus rerum omnium principiis orta, mediante aere, sub forma salis volatilis, invisibilis, ac summæ penetrabilis, legitimis et balsamicis anni temporibus cum sale terræ centrali fixo, quod eiusdem cum sale volatili est originis, unita ac fermentata. Caput 6. Monstrans, quomodo præparetur tinctura universalis.»

Dá fin en la página 272, con su correspondiente índice alfabético. Es un tomo en folio de regular impresión.

Para terminar este artículo daré breve cuenta de un tomo en 16.º que tiene este título:

«Tractatio med. curiosa de ortu et casu transfusionis sanguinis, quâ hæc, quæ sit è bruto in brutum, à foro medico penitus eliminatur; illa quæ à bruto in hominem peragitur, refutatur; et ista, quæ ex homine in hominem exercetur, ad experientiam examen relegatur. Authore Georg. Abraham. Mercklino, Jun. Doct. Medic. Norimbergensi Ord. et in S. R. J. Academia Natur. Curios. dict. Chirone.—Norimbergæ, sumptibus Johannis Ziegeri, bibliopolæ. Typis Christophori Gerhardi. Anno M.DC.LXXIX.»

Después de una larga dedicatoria, prólogo y varios fragmentos de cartas, trata de lo siguiente:

«Caput. 1. Transfusio sanguinis quid? quotuplex sit? quibus instrumentis, et quomodo illa è bruto in hominem fiat?—C. 2. An Ovidio, Marsil. Ficino, Joh. Colli, Andr. Libavio, jam olim nota et probata fuerit? Ejus hodierni inventores recensentur.—C. 3. Ejus præcipuus usus in prolongatione vitæ, et morborum quorundam curatione, consistere dicitur; sed refutatur uterque. Sanguinis è bruto in brutum transfusio ad medicum non pertinet. Illa, quæ sit è bruto in hominem non medetur corruptioni mentis: non lethargo: non phthisi, non ulli februm speciei. Non adhibenda iis, qui integra valetudine gaudent. Non adeo facili exerceri potest, sed multis difficultatibus implicata est. Non facit contra luem veneream: non contra cancerum, erysipelas, aliæque ulcera externa: non contra variolas: non contra pleuritidem, aliasve internas inflammationes: non contra hæmorrhagias: non contra rabiam, nec denique contra ullum alium morbum.—

C. 4. Quatuor secundarii usus examinantur et rejiciuntur.—
C. 5. Phænomena, numero sex, pro transfusione adducta ventilantur, et ad ea ita responditur, ut cuncta nihil probare ostendatur.—C. 6. Positiones, sive argumenta aliquot ex sacris et profanis scriptoribus contra transfusionem afferuntur; quæ Romæ et Lutetiis, Paris, interdicta est; et ab aliis etiam Cl. viris improbat. Duplici gravissimæ occurrit objectioni.—C. 7. Aliquot similitudinibus nostra sententia contra transfus. sanguin. illustratur.—C. 8. Reliqua damna atq. pericula ex transfusione metuenda in medium proferuntur.—C. 9. Transfusio sanguinis ex homini in hominem duplici modo fieri potest: nec approbatur, nec improbat, sed in medio relinquitur, et ad experientie examen relegatur.»

Fin en la página 112. Índice alfabético.

J. DE EROSTARBE.

Cádiz, 9 marzo 1864.

PRENSA MÉDICA.

ESTRANJERA.

Experimentos sobre la causa del color rojo en la inflamacion; por Alfredo Estor y Camilo Saintpierre.

La fisiología patológica nada nos enseña acerca de la causa real de la coloración roja de los tejidos inflamados; se ha limitado á considerar esta coloración como un sintoma constante de la inflamación; pero no hay hasta ahora ninguna explicación satisfactoria del fenómeno.

Impresionados por la analogía que existe entre los fenómenos que se observan en las glándulas durante su actividad funcional (véase CL. BERNARD, *Journal de physiologie de B. Seguard*) y los que presentan los tejidos inflamados, hemos creído que podían explicarse ambos con una misma teoría. Faltando la experimentación para comprobar estas inducciones teóricas, hemos pensado aplicar al estudio de este problema el método que ha indicado BERNARD en sus lecciones sobre los líquidos del organismo, y en el *Journal de physiologie*.

Hemos operado en perros, porque en el conejo son muy pequeñas las venas para usar instrumentos.

Empezamos por determinar en una pata del perro una inflamación viva, con cauterizaciones trascurrentes enérgicas y la acción del agua hirviendo. Después de un tiempo, que ha variado de treinta á cincuenta horas, una vez establecida la inflamación, estudiamos comparativamente la sangre venosa de una misma vena en la pata sana y en la enferma. A este efecto colocamos una cánula en la vena crural y con una géringa graduada, calentada á 35° ó 40°, sacamos 15 centímetros cúbicos de sangre; hicimos después pasar rápidamente esta sangre á una campana invertida sobre mercurio y que contenía de 20 á 25 centímetros cúbicos de gas óxido de carbono puro; colocamos todo en una estufa cuya temperatura se mantuvo cerca de dos horas entre 30° y 40° y la agitamos de cuando en cuando.

Se sabe por los trabajos de CL. BERNARD, que el óxido de carbono desaloja un volumen del oxígeno de la sangre; no faltaba, pues, más que valorar este oxígeno, lo cual hemos hecho en los primeros experimentos, con el ácido pirogálico, y en los últimos con el fósforo: previamente hemos separado el ácido carbónico en los experimentos en que hemos empleado el ácido pirogálico.

1.º experimento. En un perro de caza de mediana alzada, se cauterizó la pata izquierda cuarenta y ocho horas antes del experimento. La cantidad de oxígeno eliminado de la sangre por el óxido de carbono, reducida por cálculo al volumen á 0° y bajo la presión 76°, valuada después en una proporción en cien volúmenes de sangre era:

En 100 volúmenes de sangre (lado inflamado) 6,01 de oxígeno.
(lado sano) . . . 2,41

2.º experimento. En una perra operada cincuenta horas después de la cauterización de la pata izquierda, la relación era:

En 100 volúmenes de sangre (lado inflamado) 6,04 de oxígeno.
(lado sano) . . . 2,40

3.º experimento. En un perro grande, después de cuarenta y ocho horas de la cauterización de la pata izquierda, la sangre del lado quemado era notablemente rutilante; á

simple vista, se distinguían estrias rutilantes. Después de las convenientes correcciones, el análisis ha dado:

En 100 volúmenes de sangre (lado enfermo) 4,74 de oxígeno.
(lado sano) . . . 2,37

4.º experimento. En un perro de ganado, cauterizado en la pata izquierda, operado 40 horas después, el aspecto de la sangre era el mismo que en el experimento precedente.

En 100 volúmenes de sangre (lado enfermo) 3,60 de oxígeno.
(lado sano) . . . 2,40

5.º experimento. En un perro de pelo corto, mediana alzada, cauterizado en la pata derecha y operado treinta horas después, hemos creído interesante valorar el oxígeno de la sangre arterial tomada en la crural del lado sano. El análisis después de las correcciones ha dado:

En 100 volúmenes de sangre arterial. . . . 7,20 de oxígeno.

Id. id. venosa . . (lado enfermo). 4,80

Id. id. venosa . . (lado sano) . . 2,40

La sangre venosa del lado inflamado era más roja que la de la pata sana, pero menos rutilante que la sangre arterial. En cuanto al ácido carbónico, lo hemos valuado en el experimento 1.º y en el 7.º Hemos encontrado en los dos casos el volumen de ácido carbónico un cuarto mayor en el lado enfermo.

Deducimos de los experimentos precedentes que:

1.º A simple vista, cuando la inflamación es intensa, la sangre venosa del lado inflamado es más roja que la del sano.

2.º La sangre venosa del lado inflamado contiene siempre una proporción mayor de oxígeno, que, siendo 1 en la pata sana, ha variado de 1,50 á 2,50 en la enferma.

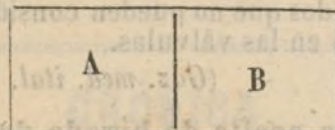
3.º La sangre venosa del lado inflamado ha dado también más ácido carbónico.

4.º Como á mayor cantidad de oxígeno corresponde una coloración más ó menos rutilante de la sangre venosa, deducimos que debe atribuirse al estado rutilante de la sangre venosa el color rojo de las partes inflamadas.

(Gazette des Hôpitaux.)

Nuevo medio de elegir los cristales prismáticos para el estrabismo.

Sobre la parte izquierda del espejo deslustrado de un estereoscopio, dice el Sr. JAVAL, pego una oblea hacia la dere-



cha del campo del ojo izquierdo, en A por ejemplo; después en el campo del ojo derecho, pero á diferente altura, hago pasar de izquierda á derecha una segunda oblea, rogando al enfermo que me prevenga cuando vea esta oblea exactamente en la misma vertical que la primera. Pego la segunda oblea en el punto así determinado, y hecho esto no tengo necesidad del paciente para elegir los cristales.

Para esto el médico ensaya una serie, mirándolos en el estereoscopio y teniendo el ángulo de los prismas hacia afuera, se detiene en el cristal que le hace ver los dos puntos en la misma vertical. Este es el cristal con la arista vuelta á la opuesta, es decir hacia la nariz, que conviene dar al enfermo, ó más bien darle dos cristales, entre los cuales se reparte el ángulo que se acaba de determinar.

Para asegurarse de que el ángulo está bien repartido se pone el estereoscopio delante de los ojos del enfermo, provisto de sus cristales; cuando la repartición está bien hecha no se debe intentar poner la cabeza al través.

En cada ensayo el médico debe dirigir su mirada al horizonte para que propendan sus ejes ópticos al paralelismo, antes de poner delante de sus ojos el estereoscopio y el cristal de ensayar.

Cuando se ha elegido el cristal conveniente para fusionar las imágenes de los objetos lejanos, se determina fácilmente por una plancha el cristal que conviene para una distancia dada. Se puede evitar también el uso de la plancha añadiendo un prisma convenientemente determinado delante de uno de los cristales del estereoscopio.

Sucede, en los casos de un estrabismo muy convergente, que las dos obleas, aunque casi tangentes al límite común de los dos campos, no aparecen aun en una misma vertical. Si se quiere determinarlas, basta interponer entre sus ojos y el

estereóscopo, durante el primer ensayo, un prisma de diez grados, por ejemplo, para poder colocar la segunda oblea. Entonces hay que dar al enfermo un prisma de diez grados más fuerte que el determinado por el primer ensayo.

Es preciso hacer pasar el punto B de izquierda á derecha, como se ha recomendado, y no de derecha á izquierda, porque si se hiciese de este modo, podría suceder que, siguiendo el ojo derecho el espresado punto, obligase al izquierdo á converger también y entonces la determinación podría ser imposible, ó al menos, daría resultados muy inexactos.

Ya se habrá adivinado el motivo porque no pongo las dos obleas en una misma vertical; es para disociar las imágenes como en el método de Graefe. Se evita también así lo que se puede llamar visión binocular, fenómeno que se presenta en ciertos individuos afectados de estrabismo.

(Annales d'oculistique.)

De algunos ruidos del corazón aun no explicados.

El profesor SKODA opina que el problema del origen de los ruidos cardiacos que se observan fuera de toda lesión anatómica, no puede resolverse sino por las observaciones en el hombre. La opinión de que un cambio cualitativo de la sangre basta para producirlos, es aceptable en el sentido de que la composición de este líquido no ejerce una influencia directa en los ruidos del corazón, sino más bien una acción indirecta, porque ocasiona alteraciones en la inervación de la viscera. El ruido anormal puede producirse también en las partes adyacentes á esta viscera, ya en la columna arterial, ya en las arterias de la pared torácica. Puede efectuarse asimismo, cuando el movimiento sistólico del corazón espulsa con violencia fuera del pulmón próximo cierta cantidad de aire, produciendo así un ruido sistólico. El ruido diastólico es igualmente posible cuando el aire entra con fuerza durante el diástole en el mismo punto del pulmón.

Cuando se haya observado un ruido sistólico del corazón inesplicable de otra manera, será fundado considerarle como dependiente de una anomalía nerviosa, si esta es posible. Si el ruido es prolongado ó peristólico tiene probablemente su origen en las arterias de las paredes torácicas, sobre todo si se oye un ruido análogo en otras arterias. Se podrá suponer que proviene del cono arterial, cuando el ruido sistólico sea más intenso en la base de la viscera; es cierto que las más veces habrá gran dificultad en distinguirlo de un ruido formado en el orificio de la aorta, porque se produce casi al mismo tiempo; sin embargo, se oyen algunas veces en la base del corazón ruidos que no pueden considerarse como localizados en la aorta ó en las válvulas.

(Gaz. med. ital. lombarda.)

Gelatina de aceite de hígado de bacalao.

Se conocen los medios indicados por los Sres. MARTIN y DANNECY para facilitar la digestión del aceite de hígado de bacalao, que ciertos estómagos toleran difícilmente. Con el mismo objeto conviene indicar el procedimiento que emplea el Sr. DUFOURMANTEL para transformar el aceite de hígado de bacalao en una gelatina ligeramente aromatizada, que pudiendo tomarse en hostias, deja de ser repugnante para los enfermos.

Se toma:

Aceite de hígado de bacalao. 30 gramos.
Cola de pescado. 2 —
Agua. c. s.

Después de disuelta la cola en el agua, se añade el aceite en porciones pequeñas, teniendo cuidado de no pasar de la temperatura de 25° centígrados, y se echan en la mezcla cuatro gotas de esencia de anís. Una cucharada grande de esta gelatina contiene 14 gramos de aceite de hígado de bacalao. Se puede añadir á esta gelatina el jarabe de felandrio, de quina ó de iodo de hierro, ó algun extracto de las plantas anodinas, á propósito para calmar la tos de los tuberculosos.

(Jour. de phar. et de chimie.)

Una palabra sobre la hidroterapia.

Los diversos procedimientos para usar el agua interior y exteriormente, la manera de producir el sudor, el régimen impuesto á los enfermos que siguen este tratamiento, son nociones ya expuestas por todos y que todo el mundo conoce. Pero lo que no se ha descrito ni se conoce, es la influencia de cada uno de estos elementos. ¿Qué puede el régimen? ¿Qué influencia debe atribuirse á la traspiración? ¿Cuál

le corresponde á la administración de los baños, afusiones, chorros, á la ingestión del agua fría? Tales son las cuestiones que deberían resolverse por los observadores. Convendría además ensayar estos medios dos á dos, sudor y régimen, régimen y agua fría, sudor y agua fría, antes de emplearlos juntos. No es descaminado pensar que aplicando indistintamente todos estos medios á todos los enfermos, como se hace en muchos establecimientos, se les rodea de un lujo inútil, lujo que siempre es incómodo cuando se trata de medicación. Supongamos que los enfermos tratados por el Sr. FLEURY para curarles intermitentes rebeldes tienen la mala suerte de ir á Graefenberg, al establecimiento de Priesnitz; no se dejará de someterlos á los baños de inmersión, al chorro, al régimen, y sin embargo, FLEURY obtiene una curación tan completa como rápida con solo el chorro. Por esto es preciso estudiar por la experimentación el tratamiento en sus diversos elementos; verdad que ha comprendido el Sr. DUVAL y sobre la que debe llamarse la atención de los prácticos que se ocupan de hidroterapia.

(Annales de l'électricité et de l'hydrologie médicales.)

Por la Prensa médica, F. DE CORTEJARENA.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE MARINA.

Dirección del personal.

Excmo. Sr.: Deseosa S. M. la Reina (Q. D. G.) de dar mayor ensanche á la admisión de profesores médicos en el servicio de la Armada, y de utilizar los excelentes resultados que producen las Universidades de la Isla de Cuba, ha venido en resolver se haga extensivo á las de Puerto-Príncipe y la Habana el concurso á las oposiciones para optar á las vacantes de segundos ayudantes que hay en el Cuerpo bajo las mismas condiciones que se verifican en la Península: debiendo publicarse á este efecto en los centros espresados, con la anticipación suficiente á la época de verificarse, y facultando al mismo tiempo al vice-director del apostadero, en representación del director de la corte, para que reciba las instancias, las registre é informe, y á V. E. para que estienda los nombramientos provisionales á los aprobados hasta obtener los Reales definitivos.

De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y fines correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 12 de agosto de 1864.—Pareja.—Sr. Comandante general de marina de la Habana.

SANIDAD MILITAR.

REALES ÓRDENES.

16 agosto. Nombrando segundos ayudantes médicos y primeros supernumerarios del ejército de Cuba, á los licenciados en medicina y cirugía procedentes de las últimas oposiciones, D. José Batlle y Prat, D. Antonio Frean y Lizandra, D. José Fernandez y Badia, D. Lorenzo Teixeira y Gurriu, D. Gabriel Lozano y Servablo y D. Federico Perez de Molina.

17 id. Concediendo la licencia absoluta al segundo ayudante médico, primero supernumerario del ejército de Cuba, D. José Romagosa y de la Fuente, sin sujeción al art. 82 del Reglamento del Cuerpo.

18 id. Traslado á desempeñar el destino de jefe del parque sanitario de esta corte, al médico mayor D. Juan Bernad y Tabuena, que servía en el hospital militar de esta corte.

Id. id. Concediendo dos meses de Real licencia para baños al médico mayor D. José Serra y Ortega.

Id. id. Id. id. por enfermo para Barcelona, al primer ayudante médico D. Joaquin Montros y Marti.

Id. id. Nombrando médico interino del cuadro del provincial de Alcoy á D. Pedro Miguel Silvestre.

CUERPO DE SANIDAD DE LA ARMADA.

23 agosto. Accediendo á la permuta de destinos solicitada entre los segundos practicantes del Cuerpo de Sanidad militar de la Armada D. Salvador Fernandez y D. Pedro Luaces, pa-

sando el primero al vapor *Piles*, y el segundo al apostadero de la Habana.

Id. id. Concediendo dispensa de edad para presentarse á examen para segundos practicantes del citado Cuerpo, á los particulares D. Antonio Lopez y D. Cipriano Centeno.

Id. id. Disponiendo que el segundo practicante de Sanidad militar de la Armada, D. Ramon Mesias y Garcia, pase á continuar sus servicios al apostadero de la Habana.

Id. id. Concediendo plaza de alumnos pensionados en el Cuerpo de Sanidad militar de la Armada á D. Luis Iglesias Pardo y Maimó, D. Joaquin Mascaró y Cos, D. Félix Iguino y Caballero, D. Joaquin Gutierrez y Salazar, D. Francisco de Aldayurrugia y Donda y D. Diego Costa Grijalba.

Id. id. Nombrando jefe de Sanidad del departamento de Cartagena al vice-director del Cuerpo de Sanidad militar de la Armada D. José Camacho, y al Sr. Escalera para igual destino en el apostadero de Filipinas; jefe local del hospital militar de Cartagena al consultor D. Juan Fernandez de la Lastra, y para igual destino en el de San Carlos al primer médico D. Fernando Dávila y Bernal, en comision.

CONGRESO MÉDICO-ESPAÑOL.

SECRETARÍA.

Continúa abierto el plazo para recoger las tarjetas de inscripcion y entrada los señores socios en casa de los secretarios que suscriben (Atocha, 8 y 10, piso cuarto, y Peligros, 4, tercero), de siete á nueve por la mañana, y de cinco á seis por la tarde, hasta el día 24 de setiembre, debiendo abonarse 60 rs. en el acto de recibir la tarjeta.

Los profesores que deseen se les remita á los puntos de su residencia fuera de Madrid, lo pedirán así por medio de carta, incluyendo el valor de los 60 rs. en sellos, libranzas ó letras de fácil cobro y además el sello para la remision de las tarjetas, cuyas cartas para mayor seguridad deben llegar certificadas. Madrid 31 de agosto de 1864.—Los secretarios, *Pablo Leon y Luque*.—*B. Montejo y Robledo*.

AVISO Á LOS PROFESORES.

Todos los que tengan preparado algun trabajo escrito para dar lectura de él en las primeras sesiones destinadas á este objeto, deben tener presente lo preceptuado en el artículo 8.º del Reglamento y remitir á cualquiera de los secretarios lo más pronto posible los indicados trabajos: igualmente tendrán en cuenta que no se dará lectura en el Congreso á los que hayan visto de antemano la luz pública. Madrid 31 de agosto de 1864.—*Pablo Leon y Luque*.—*B. Montejo y Robledo*.

Lista de los señores inscritos hasta hoy adhiriéndose al Congreso médico.

D. Ulpiano Fernandez Crós (Palencia).—D. Martin Barrera (Burgos).—D. Marcial Taboada (Buyeres de Nava).—Don José Maria Bonilla (Caldas de Oviedo).—Mr. Valery Meunier (Paris).—D. Nicolás Bena (Madrid).—D. Faustino Antoñana (Vitoria).—D. Miguel Zapata (Carabanchel alto).—D. Gabriel Lopez (Aldeavilla).

VARIEDADES.

PARTE MENSUAL DEL HOSPITAL GENERAL DE ESTA CÔRTE.

Los profesores de medicina de este establecimiento han elevado al director del mismo el siguiente:

«En los primeros dias de julio continuaron los calores que venian experimentándose desde el mes anterior, aunque con alguna menos intensidad, pues que la temperatura máxima no pasaba comunmente de 28º de la escala de Reaumur: presentábanse frecuentes amagos de tempestad, estando la atmósfera casi siempre turbia y á veces cargada de una densa calina que terminó por fin el día 11 con una fuerte tormenta y un pedrisco en que cayeron muchos granizos del tamaño de un huevo de gallina, fenómeno que no se habia observado en este país durante el presente siglo, y que fué seguido de un descenso tan notable de temperatura, que la mínima era, algunas mañanas, de 14º, sin que la máxima escediera de 23 hasta la última decena del mes, volviendo desde la entrada

de la canícula á sentirse un violento calor: de modo que el termómetro referido llegaba á señalar despues de mediodía y á la sombra hasta 32º, siendo pocos los dias en que la atmósfera permaneció despejada y sin nubarrones que amenazasen tempestad, con vientos huracanados, y con relámpagos que se presentaban por las noches en diferentes puntos del horizonte. El barómetro se mantuvo sobre las 26 pulgadas y 4 líneas, sin que bajase de ellas mas que en los dias tempestuosos. El tiempo ha sido, segun lo dicho, desigual, revuelto, tormentoso y acompañado constantemente de un estado eléctrico muy pronunciado.

Las enfermedades tuvieron el carácter estacional correspondiente, modificado por las condiciones meteorológicas referidas, habiéndose observado gran número de fiebres, ya de la clase de las continuas y ya de las intermitentes; entre las primeras abundaron las gástricas y biliosas, llamadas por los antiguos ardientes, con tendencia decidida á la degeneracion tifoidea, la cual sobrevenia con no poca frecuencia é intensidad; sin embargo, se curaron en su mayoría felizmente, y despues de haber recorrido tres ó cuatro setenarios, presentándose en algunos las parótidas como término critico de la enfermedad. Estas fiebres fueron combatidas con un plan sencillo constituido por los atemperantes, particularmente los ácidos vegetales y minerales, sin que por eso dejara de recurrirse en ciertos casos á los tónicos antisépticos y al mismo sulfato de quinina. En cuanto á las calenturas intermitentes van siendo muy frecuentes y han cedido á los remedios que son conocidos de todos. No han escaseado las afecciones del tubo intestinal, sobre todo las irritaciones, colitis, enterocolitis y diarreas muy intensas y agudas, acompañadas de los síntomas graves que en este tiempo suelen serles concomitantes, pero que en su mayor parte han podido ser dominadas por un tratamiento enérgico. Tambien se han presentado afecciones catarrales, varias pulmonías y pleuroneumonías, algunos reumatismos articulares agudos, sin que hayan disminuido las viruelas, siendo muchas confluentes y de no poca gravedad.

Entre las enfermedades crónicas fueron muy comunes las que tienen su asiento en la cavidad torácica, como los catarrs exasperados, las tisis y diferentes lesiones del órgano central de la circulacion, acompañadas comunmente de síntomas asmáticos que son su ordinaria consecuencia, resultando de estas y de las tisis el mayor número de las terminaciones funestas que ocurrieron.

Entraron en las salas de medicina 419 hombres, 224 mujeres y 23 niños, que componen un total de 736; salieron con alta 564 y fallecieron 97; quedando en las mismas enfermerias 481 acojidos.»

CRÓNICA.

Estado sanitario de Madrid.—Sin embargo de que el calor fué más fuerte que en la anterior semana, pues que el termómetro ascendió hasta 30º haciéndose más sensible por los vientos Este y Sur que soplaron, con todo fué tolerable por las madrugadas y noches en que saltando aquellos al N.O. y O. hizo que se refrescase la atmósfera. El barómetro en la sequedad, aunque inclinándose á la variable, y marcando la misma presion atmosférica que en los anteriores dias.

Las calenturas gástricas y las intermitentes de todos tipos, pasando las primeras del primer setenario, y las segundas haciéndose más ó menos refractarias á la accion de la quina y de sus alcaloides, fueron las enfermedades reinantes. Hubo bastantes enfermos de anginas, de erisipelas, de dolores reumáticos y nerviosos, de irritaciones gastro-intestinales, de flujos de sangre de los órganos supra-diafragmáticos y de erupciones forunculosas y herpéticas. Por último, la mortandad fué bastante escasa.

Contraréplica.—Ya sabíamos sin que la *Competente* nos lo dijese, como una gran novedad, que cuando *La Gaceta* publica el timbre de correos lo hace así de los periódicos políticos como de los que no lo son; pero lo que extrañamos es que en agosto no haya publicado lo que pagaron en julio por derecho de timbre una y otra clase de periódicos; pues si llegó á saberse lo que satisficieron en dicho mes los políticos, fué porque lo publicó *La Correspondencia*. ¿Por qué no hizo lo propio con lo que pagaron en julio por igual concepto los periódicos científicos?

Una contestacion.—Tenga entendido *La Correspondencia*, que nuestro periódico jamás se hace eco de falsas aseveraciones como ella dice; pues si dijimos en una crónica de nuestro último número que teníamos entendido que los cirujanos de la Beneficencia municipal iban á acudir á la Junta de Beneficencia para que se les aumentase sus mezquinas dotaciones, como se habia hecho con los médicos, fué porque así nos lo habia dicho algun cirujano.

Ahora si cree *La Correspondencia* que para el poco trabajo que tienen, toda vez que hay profesor de cirugía que algun mes cobra su sueldo sin haber practicado ni una sola sangría, ni asistido ningun parto, están magníficamente dotados, sabido se lo tendrá; pero nosotros creemos lo contrario.

En la Coruña, Pontevedra, Chantada, Avia y especialmente en Santiago, desde hace una temporada se desarrolló la viruela con carácter epidémico, de tal suerte, que en este último pueblo lleva muertos en dos meses más de 800 niños. Deben tomarse todas las medidas y precauciones higiénicas que el arte de curar y la salud pública exigen para tales casos.

Se ha renovado la consignación para el pago de médicos forenses de este territorio, correspondiente al semestre de octubre de 1862 á marzo de 1863. Es muy posible que el señor regente convoque inmediatamente á todos los acreedores.

La matrícula para el curso de 1864 á 1865, correspondiente á las asignaturas de las facultades de filosofía y letras, ciencias, farmacia, medicina, derecho en sus dos secciones de derecho civil y canónico y derecho administrativo, y teología, de la escuela del notariado y de la carrera de practicantes y matronas, se hallará abierta en la secretaría de la Universidad central desde el día 16 hasta el 30 del corriente mes, ambos inclusive. En los mismos días se celebrarán los ejercicios de oposición á los premios y los exámenes extraordinarios del curso actual.

Nombramiento.—Habiendo sido trasladado á la Dirección de telégrafos D. Tomás Rodríguez Rubí, director de Sanidad y Beneficencia, ha sido nombrado para desempeñar este cargo don Miguel Zorrilla.

Estado sanitario de Puerto-Rico.—Con fecha 10 de agosto nos escribe uno de nuestros corresponsales de aquella isla diciendo, que en la capital se están sintiendo unos calores intensos, como propios de los trópicos; lo que hace se desarrollen enfermedades sumamente graves, como calenturas gástricas, disenterias, varias erupciones, entre ellas las viruelas, el sarampion y la escarlata, y tambien algun caso que otro de fiebre amarilla, que podria suceder, por desgracia, que se desarrollara más, á medida que avance la estación al otoño, que es cuando suele producir más estragos.

Salud pública de Filipinas.—Estado de la Facultad en dichas islas. Hasta el 5 de julio alcanzan las noticias recibidas de Manila por la Mala de la India, resultando de ellas, que si bien el cólera continúa haciendo algunas víctimas, aunque limitándose á algunos puntos del litoral, en la capital era menos intenso: seguían las fiebres gástricas, las disenterias, las viruelas y algunos ataques cerebrales. ¿Podrá creerse que si se exceptúa Manila, Cavite y Cebú, es rarísimo el médico que existe en este vasto territorio? ¿A quién se le podrá hacer creer que en pueblos importantes y ricos de 25,000 y 30,000 habitantes, residencia de las autoridades superiores de la provincia y de muchos españoles y extranjeros, no hay ni un médico ni una mala botica, como sucede en Vigan, Batangas, Laoag, Mingayen, San Carlos y otras muchas? ¿Se sabe en España, ni aun se concibe, que en pueblos, superiores en habitantes á muchas capitales de provincia de la Península, el cura, el alcalde, el gobernador, el español, el extranjero y el indígena, no tienen en sus enfermedades otro auxilio que el de la misericordia divina, y el de la estéril aflicción de sus parientes y allegados, y á lo más á los que llaman en el país *mediquillos*, que no son más que unos malos curanderos indígenas? En vez de tantos empleos inútiles, ¡cuántas ventajas hubiera reportado al país con el establecimiento de un médico titular en cada provincia, con residencia en la cabeza de la misma! ¿Qué garantía para los españoles y extranjeros que se establecen en los pueblos, para las autoridades, para los párrocos y para la conservación y fomento de la población! ¿Qué auxilio para los jueces y para la pronta y acertada administración de justicia en muchos casos! En fin, ¡qué gasto tan útil, tan justificado y tan aplaudido, en vez de otros gastos superfluos ó de muy problemática utilidad! Estas sentidas quejas no necesitan comentarios; los dejamos al buen juicio de nuestros lectores.

Ha quedado firmado el convenio internacional declarando neutrales en la guerra los heridos, los hospitales militares, las ambulancias y el personal sanitario, obligándose á su cumplimiento Francia, Baden, Bélgica, Dinamarca, España, Hesse, Italia, Holanda, Portugal, Prusia, Suiza y Wurtemberg.

Elección.—El Sr. Vlemineux, presidente de la Real Academia de Medicina de Bélgica, ha sido elegido por el Colegio electoral de Bruselas, miembro de la Cámara de representantes. Su candidatura ha sido bastante combatida por algunos de sus profesores, que no aprueban sus planes médico-administrativos. Otros, sin embargo, esperan de su influencia resultados ventajosos para las profesiones médicas.

Cuidado con los triquinos.—Diez hombres que componían la tripulación del buque inglés *Ouse*, cayeron simultáneamente enfermos con síntomas tóxicos; los cuales, según el Dr. Althaus, eran muy análogos á los observados hace algunos años en otro buque mercante que iba de Valparaíso á Hamburgo, y cuya tripulación sufrió un envenenamiento causado por los triquinos. Hace, en efecto, bastante probable esta enfermedad, la clase de alimentos que suelen usarse en los largos viajes marítimos.

Enfermerías rurales.—El ministro de Justicia de Bélgica, Sr. Tesch, ha dirigido á las diputaciones permanentes de los

Consejos provinciales una circular, invitándoles á establecer en todos los pueblos una enfermería para los pobres. La necesidad de dar socorro al indigente desamparado, no es menos apremiante que la de suministrar instrucción elemental y medios para satisfacer las exigencias del culto religioso. Por lo tanto, es muy de aplaudir la espresada idea, y digna de imitarse en los demás pueblos civilizados.

Espíritu de asociación.—Se vá desenvolviendo cada vez más notablemente en todas las naciones de Europa y de América. La *Federación belga* hace grandes esfuerzos por llegar á los resultados propios de su instituto; la *Asociación británica* cuenta hoy más de 2,400 socios y sostiene un periódico cuyos gastos se elevan á cerca de 300,000 rs. anuales. Necesario es que se oponga algun dique al excesivo individualismo propio de las sociedades modernas, y la asociación es ese dique, naciendo espontáneamente del seno de las clases, en reemplazo de las antiguas ordenanzas y trabas de los cuerpos colegiados. En España se comprende perfectamente esta necesidad, y solo se necesita proceder con acierto y prevision, para que venga á consolidarse la idea de una alianza; que está en el ánimo de todos, pero á la cual no se ha acertado todavía á dar una forma material, segura y conveniente.

VACANTES.

Lo están. La plaza de *médico-cirujano* de Daganzo de Arriba, provincia de Madrid, dotada con 40,500 rs. anuales pagados por el Ayuntamiento, su población consta de 479 vecinos y uno en su agregado á un cuarto de legua de distancia; está situado á cuatro leguas de la capital y una de la estación de Torrejon de Ardoz, en el ferro-carril de Zaragoza. Se admiten solicitudes hasta el 20 de setiembre próximo.—El secretario, Galo de la Fuente. (P. P.)

—La de *médico-cirujano* de Guaro, provincia de Málaga; su dotación 2,000 rs. del presupuesto municipal y las iguales que entre todo ascenderán á 25 rs. diarios. Las solicitudes hasta el 25 del corriente.

—La de *médico* de San Estéban de Litera, provincia de Huesca; su dotación 8,000 rs. cobrados por el Ayuntamiento. Las solicitudes hasta el 14 del corriente.

—La de *médico* de Cilleros, provincia de Cáceres; su dotación 4,000 reales de fondos municipales por asistir á los pobres y las iguales con los pudientes. Las solicitudes hasta el 25 del corriente.

—La de *médico* y la de *cirujano* de la Puebla de D. Fadrique, provincia de Toledo; dotación de la primera 9,000 rs., id. de la segunda 5,500 reales pagados mensualmente del presupuesto municipal, siendo su población de 735 vecinos. Las solicitudes hasta el 14 del corriente.

—La de *cirujano* titular de la villa de Cantalpino, en el partido judicial de Peñaranda de Bracamonte, de 300 vecinos; su dotación 500 reales que percibirá de fondos municipales por la asistencia de 20 familias pobres y 5,500 por las iguales de los demás vecinos acomodados, todo pagado por trimestres y cobrado por el Ayuntamiento; además percibe por cada parto 8 reales, que al año darán 500, sin que tenga que entender en la medicina por haber médico titular. La provision se hará con entera sujeción al pliego de condiciones aprobado por el Sr. Gobernador civil de la provincia. Las solicitudes se dirigirán al presidente del Ayuntamiento en el término de un mes, á contar desde la insercion de este anuncio en el *Boletín oficial* de la provincia y *Gaceta de Madrid*. (P. F.)

—La de *cirujano* de Algimia de Almonacid, provincia de Castellon de la Plana; su dotación 450 rs. del presupuesto municipal por asistir á los pobres, cuyo número no se dice, y las iguales. Las solicitudes hasta el 30 del corriente.

—La de *facultativo* (¿médico ó cirujano?) de Valero, provincia de Salamanca; su dotación 200 rs. de fondos municipales por asistir á siete pobres y las iguales con 230 pudientes. Las solicitudes hasta el 19 del corriente.

—La de *practicante* del Hospital del Rey en Burgos; su dotación 6 reales diarios, habitación y cama. Las solicitudes á la Sra. Abadesa del Real Monasterio de las Huelgas hasta el día 11 del corriente.

—La de *boticario* de Selgua, provincia de Huesca, y dos agregados; la dotación es convencional entre los vecinos y el profesor.

ANUNCIO.

TRATADO ESPECIAL SOBRE LA FIEBRE TIFOIDEA. lo mejor y más completo que hasta ahora ha visto la luz pública.

Esta obra es producción de Mr. Mandon, traducida y anotada esmeradamente por D. Robustiano Torres.

Un tomo en 4.^o mayor de 340 páginas, en buen papel y buena impresion, cuyo coste es 12 rs. tomándolo en la redacción de *El Génio Quirúrgico*, calle del Amor de Dios, núm. 6, cuarto segundo, y en casa del Sr. Bailly-Bailliere, Plaza del Príncipe Alfonso, núm. 8, librería; y 14 rs. si hay que remitirlo por el correo.

Por todo lo no firmado:

El Srto. de la Redacción, R. SANFUTOS.

EDITOR, M. DE ROJAS.—IMPRENTA DEL MISMO,

Pretil de los Consejos, 3, pral.